

San José, Costa Rica 1926 Sábado 6 de Noviembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Araquistain en Puerto Rico.*—García Monge y el REPERTORIO AMERICANO, por Jorge Guillermo Leguía.—*Los derechos de Bolivia en el problema del Pacífico*, por Leopoldo Lugones.—*Bolivia y el mar*, por José Vasconcelos.—*El concierto clásico*, por Er-gane.—*Ada Negri y Gabriela Mistral*, por Atilio E. Caronno.—*Poesía y crimen*, por Max Jiménez.—*Homenaje a Sanín Cano.*—*Bibliografía titular.*—*Luis Araquistain y Coll y Cuchí a América.*—*El Gobierno de México entrega al de Costa Rica una Estación de Radiotelegrafía.*—*La situación de Cuba (II)*, por Arturo R. de Carricarte.—*La canción de Kashmir*, por Laurence Hope.—*Tristán Marof responde al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi.*—*El corazón de Eva*, por Augusto Arias.

Araquistain en Puerto Rico

El distinguido publicista español don Luis Araquistain nos concedió ayer la siguiente entrevista:

—¿Qué impresiones tiene usted del periodismo español contemporáneo?

—Tengo una idea excelente. Técnicamente, ha mejorado mucho desde la aparición del *A. B. C.* y *El Sol* de Madrid. Moralmente, la prensa española es una de las más puras de Europa. Y literariamente, también es una de las más interesantes, porque en ella colaboran a diario, alternando con otros géneros, los mejores ingenios del país. Su mayor defecto es que se ocupa poco y mal de los países hispanoamericanos; pero ya hay periódicos, como los dos mencionados y algún otro, como *El Liberal* de Madrid, que tan bien representa en esta excursión nuestro querido amigo y compañero Luis Rubio Hidalgo—un periodista muy inteligente y culto—, que dedican cuidadosa atención a todos los problemas hispanoamericanos. El interés de *El Sol*, donde colaboro regularmente, por la vida material y espiritual de la América hispánica, ha sido un gran estímulo para este viaje, en el que espero aprender tantas cosas de los países de lengua española que me propongo visitar.

—¿Qué opinión le merece el gobierno de Primo de Rivera?

—La persona de Primo de Rivera no me interesa por ahora. Como ocurre en todos los sucesos históricos que podríamos llamar anormales, él es simplemente el instrumento de una serie de fuerzas subterráneas. Lo interesante de la dictadura española es el fenómeno en sí, un fenómeno, por cierto, que no me parece aislado, sino que es un momento local de un juego de acciones y reacciones políticas que se inicia con la

Entrevista concedida a *La Democracia*, el decano de los diarios puertorriqueños



guerra europea y se agudiza ostensiblemente en Rusia. Las dictaduras de Italia y España son variedades defensivas de ese complejo proceso en que hacen crisis tantos conceptos económicos y políticos porque se venía rigiendo [Europa, enlazándose con problemas específicamente nacionales. En una entrevista periodística no podría, claro está, por falta de espacio, exponer mi interpretación de esos fenómenos. Pero espero tener

oportunidad de hacerlo detallada y sinceramente en alguna conferencia aparte.

—Díganos algo acerca de la nueva España.

—Ese será el tema de la conferencia de mi ilustre amigo, el eminente y cultísimo hombre público puertorriqueño, don Cayetano Coll Cuchí, y de la mía, que comenzaremos el día 14 de este mes. Le adelantaré que, en mi opinión, la nueva España literaria y científica aspira, y creo que lo está logrando, a renovar su grandeza del siglo de oro. Los españoles no creemos en la fatalidad de los ciclos culturales, de que habla Spengler en su *Decadencia de Occidente*. El hombre fáustico no se resigna a la muerte de su pueblo. Por lo menos, no a una muerte definitiva. El mito eterno de la muerte y la resurrección pasa de las religiones a la historia, como lo confirma el Japón, Italia y la propia España.

—¿Cree usted que al panamericanismo de los gobiernos de América debiera oponerse un movimiento hispanoamericano de los pueblos de América?

—Claro que sí. El panamericanismo tendrá razón de ser frente a una Europa conquistadora y peligrosa para la paz y la independencia de América. Esa Europa no existe ya. El panamericanismo no es, pues, una política defensiva,

sino una política absorbente. El hispanoamericanismo, en cambio, es la expresión diferencial de una personalidad histórica a base de la lengua y del espíritu que la informa. Ni panamericanismo—preponderancia de los Estados Unidos—, ni latinismo—predominio de Francia—, sino hispanoamericanismo, que no representa la hegemonía de ningún pueblo de lengua española, sino la igualdad de todos.

—¿Cómo interpreta usted la frase «organización del pensamiento hispánico»?

—El pensamiento hispánico ha vivido hasta ahora disperso, individualizado, sin contacto entre sus diversas manifestaciones. Los valores españoles e hispanoamericanos se conocen poco y se estiman menos. Cualquier bagatela de París, pongamos por caso, es más popular en Madrid o en Managua que las creaciones propias. Francia es una gran maestra en la valoración y difusión de sus productos, desde los perfumes hasta las novelas de Proust. Cada día y cada hora dispone de un «genio» literario, filosófico o científico para la exportación. Es una formidable organizaora de su espiritualidad. Los demás—especialmente los españoles e hispanoamericanos—hemos sido siempre colonos o provincianos de unos y otros, intelectualmente de Francia y económicamente de las grandes naciones capitalistas de Europa y América. ¿No es ya hora de emanciparnos y de afirmar mancomunadamente nuestra personalidad ante el mundo, en vez de rebajarnos mutuamente? Si un español o un hispanoamericano vale como diez, sólo le reconocemos un valor de uno o de cero. Un francés, en cambio, por obra de su organización editorial y periodística, y de su organización educativa, a veces con el concurso del Estado, se ofrece como cien, aunque sólo valga como diez. Y nosotros, sugestionados por su propia supervalorización, la aceptamos a ciegas. ¿Cómo organizarnos? Mediante sociedades y congresos intelectuales hispanoamericanos, como quería el malogrado Edwin Elmore; mediante órganos de prensa comunes, donde los españoles e hispanoamericanos aprendamos a conocernos y querernos e identificarnos en una idealidad diversa en las formas individuales e idéntica en los fines de una cultura menospreciada y en peligro; mediante el intercambio universitario y la validez recíproca de los títulos universitarios; mediante la revisión de nuestra historia, no callando nada, por duro que sea reconocerlo, pero también diciendo todo lo que España ha aportado a la civilización y la cultura; mediante una organización política hispanoamericana para influir en el mundo, colectivamente, en un sentido de paz, libertad y justicia.

—¿Cree usted que la nacionalización gradual de las fuentes de riquezas de la América española—al estilo de México—imprimiría vigor al movimiento hispanoamericano?

—Me parece condición indispensable. Enajenar la riqueza al extranjero es como venderle la soberanía. Hay países, como Inglaterra, que con sus capitales han colaborado poderosamente al desenvolvimiento de algunas naciones, la Argentina, por ejemplo, sin merma para su independencia; pero eso es lo excepcional. El capitalismo extranjero tiende a convertir en colonias los pueblos a donde emigra. Ya sé que los países pobres en organización económica no pueden prescindir del capital exterior, desgraciadamente. Pero sí pueden controlarlo, como trata de hacer México, nacionalizando las fuentes de riqueza y organizando

el crédito interhispanoamericano. En la América de lengua española—en muchos de ellos por lo menos—hay capitales suficientes para cubrir los empréstitos de sus Estados, sin recurrir a los países extraños e inexorables con sus deudores. Lo que ocurre es que los naturales y residentes de esos países no tienen fe en sus propios Estados, muchas veces con razón. Los Estados hispanoamericanos necesitan purificarse para ganar la confianza del capital nacional. El día que eso ocurra y que se constituya un gran Banco Hispanoamericano, con la garantía de los bienes y el honor de todos los Estados de Hispanoamérica, incluyendo acaso a España, se habrá resuelto, por eliminación, ese trágico problema de arbitrase empréstitos en países que luego se los cobran en buenos réditos y en soberanía.

—¿Juzga usted peligrosa esa imitación servil de las instituciones yanquis que defienden, entre otros, Leopoldo Lugones?

—Leopoldo Lugones es un excelente poeta y un mediocre político. Un poco femenino, como algunos poetas, siente el culto de la fuerza sin derecho. Pero no hay que tomarle demasiado en serio. Es uno de los hombres que no hay necesidad de rebatir; con el tiempo, indefectiblemente, se rectifican a sí mismos. Esperemos que la veleidad de su pensamiento vuelva a señalar nuestro norte. La veleidad puede ser una buena musa lírica, pero nunca un principio de sólido pensamiento político.

—¿A base de qué principios podría promoverse un acercamiento entre los dos grandes bloques culturales de América?

—De un respeto exquisito a sus respectivas lenguas, fundamento de toda cultura. Pocos admirarán, como yo, la cultura anglosajona, en cuya lengua leo a diario desde hace diez y ocho años y de la cual he traducido varias obras al español y alentado la producción de otras, como *Erewhon*, de Samuel Butler, que acaba de publicarse en español. Guardo excelentes relaciones personales y literarias con algunos escritores norteamericanos y he hecho cuanto he podido por darlos a conocer en

España. En este terreno, todo lo que se pueda; pero que unos Estados no pretendan absorber la lengua de otros. Sólo así podrán entenderse las culturas, aprendiendo nosotros el inglés y ellos el español; pero libremente, como un deleite, no como un deber.

—¿Cómo podría Puerto Rico coadyudar al movimiento hispanoamericano?

—Conservando su lengua y la cultura tradicionales y actuando en el bloque hispanoamericano, como perteneciente a él por derecho natural, independientemente de la constitución política.

—La política de Estados Unidos en Puerto Rico tiende a sustituir nuestra cultura hispánica por la cultura sajona. ¿No ve usted en ello un grave peligro para la integridad espiritual de la raza?

—Un peligro, en efecto, pero cuya gravedad no puedo medir. Ello depende de la actitud íntima del pueblo puertorriqueño, cuyo estudio es uno de los propósitos más sugestivos de este viaje; pero aún no tengo elementos suficientes de juicio.

—¿Qué opina usted sobre la conveniencia de que el hispanoamericanismo incluya entre sus finalidades inmediatas la emancipación política de Puerto Rico?

—La emancipación política de un pueblo no puede partir de afuera a dentro. Ha de ser inicialmente obra de la voluntad. El mundo circundante sólo puede alentársela, una vez empezada. La emancipación de Puerto Rico es un problema fundamentalmente interno, que los demás sólo pueden juzgar *a posteriori*. En esta cuestión el hispanoamericanismo no podrá hacer nada hasta que la mayoría del pueblo puertorriqueño defina explícita e inequívocamente su voluntad política, hasta que resuelva el drama íntimo de su conciencia. Un drama que, por lo poco que he podido percibir, ya me interesa apasionadamente, pero que, como extranjero, estoy obligado a escuchar en silencio y a enterarme de la complejísima situación lo más exactamente posible, oyendo a sus personajes principales y adivinando el recóndito sentir del coro lejano, del pueblo de los campos y las fábricas.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

García Monge y el Repertorio Americano

=De Estudios. Panamá=

CUANDO estuve en San José de Costa Rica me extrañó que en los pizarrones de la monumental Casa de Correos se anunciara despacho de y para Centro América... Objeté el hecho a un amigo inteligente, y, ante su patriótica disculpa, me convencí de que no dejaba de tener fundamento el espíritu particularista de la bella tierra de allende el Sixaola. Cual una égloga en medio de las proclamas bélicas de las tormentosas repúblicas centroamericanas; cual un remanso al margen del torrentoso caudal humano del Canal de Panamá, Costa Rica se destaca, efectivamente, con caracteres inconfundibles en el quebrado Istmo que se extiende del Darién a Tehuantepec. Diríase una apacible Suiza entre el tumulto pasional de las naciones limítrofes. Los costarricenses, con explicables razones, se enorgullecen de su situación privilegiada; y, a pesar de que, recordando la tradición, se sienten como parte integrante de la confederación que soñó Morazán, se consideran, en cuanto a su normalidad constitucional, más cerca del lejano Uruguay que de la fronteriza Nicaragua, doblemente plutónica.

Surgida sin un disparo a la vida autónoma, Costa Rica ha sido, evidentemente, en Hispano-América, el estado de mayor estabilidad política y de más admirable respeto a la ley. Han confirmado tal aserto quienes han estudiado panorámicamente nuestras jóvenes repúblicas y extraído de su Historia conclusiones generales. Y Francisco García Calderón, el gran pensador peruano, al revivir en sus *Democracias Latinas* la existencia vesánica de los demás países de nuestra raza, vuelve los cansados ojos a Costa Rica como aquel que, tras de contemplar horrorizado el campo en que la tempestad siembra la desolación, da descanso a la pupila ante la visión sedante y consoladora del arco iris... ¡Con qué legítima complacencia me refería en San José don Ricardo Fernández Guardia, las encantadoras anécdotas de los mandatarios de su Patria; esas anécdotas que tan hondamente me hacían desear que el ilustre historiador costarricense trocara alguna vez el tranquilo acento del tradicionista por la entonación exaltada de los continuadores de Plutarco! Mientras nuestros otros pueblos vegetaban presididos cual por facinerosos escapados de la Calabria, en la altiplanicie en que surgen magestuosamente el Poás y el Irazú, y como contrastando con la actividad sísmica de ambos conos orográficos, se realizaba la evolución nacional tica bajo el régimen sabio y paternal de patricios auténticos que resucitaban las virtudes de los romanos de los primeros siglos de la República. En una que otra ocasión se producen estallidos que, por sus mezquinas proporciones y su reducido número, demuestran que si en el resto de nuestro continente son la regla, en Costa Rica repre-

sentan la excepción y parecen haber servido únicamente a manera de piedra de toque para probar el áureo temple de los abnegados conductores costarricenses. Casi nunca suena el clarín de guerra en la meseta central. Las guarniciones militares son irrisorias. Si se enciende la lucha civil, siempre triunfan la cordura sobre la pasión y el interés colectivo sobre los apetitos personales. Mas el hecho de que los hijos de Costa Rica amen la paz no significa que hayan perdido el espíritu heroico de sus progenitores españoles. Poseen en alto grado ese espíritu; sólo que para hacer derroche de él, sólo que para emplearlo dignamente exigen el ara de un gran ideal. Y el día en que tal ideal se presenta; el día en que el filibustero William Walker supone equivocadamente que no está en el siglo XIX sino en el siglo XVII y quiere convertir a Centro América en una factoría de los esclavistas estados del Sur de Yanguilandia, ¿de dónde, sino de Costa Rica, parte la voz de alerta? ¿en dónde, sino en Costa Rica, y con más entusiasmo que en los demás estados oprimidos por el bucanero, los caserones coloniales se transforman en cuarteles y cada labriego se trueca en Cincinato? ¿en qué lugar, sino en Costa Rica, halla el aventurero norteamericano la más obstinada resistencia? El valor temerario de la tierra de Juan Rafael Mora; valor que implícitamente reconoce Walker en sus *Memorias*, contagia a los pueblos fraternos de la fenecida Confederación, y muy en breve el anhelo sacro de la revancha enardece a los centroamericanos como la antorcha de Juan Santamaría enrojece el cielo que a modo de urna se extiende sobre el mesón de Rivas. Triunfantes los ejércitos antiesclavistas y abrumada por los laureles, Costa Rica sustituye el rifle por el arado y torna a sus fértiles campos minuciosamente cercados, cuyos labradores no son siervos sino propietarios y en los que el trabajo es secreto de independencia y escuela de civismo. Y prosigue, bajo las alas de la Victoria, el desarrollo silencioso de la próspera república que, por su situación geográfica entre naciones desasegadas, semeja un lago circundado de volcanes... Le Bon atribuiría probablemente a la homogeneidad étnica de los costarricenses su inclinación al orden y su consciente sumisión a las normas constitucionales; así como encontraría en el mestizaje de las naciones vecinas la causa primera de su patológica propensión a la revuelta. Cierta o no en Costa Rica la desalentadora teoría del sociólogo francés, lo real es que en muy reducidos pueblos se observa superior espíritu cívico y más ecuanimidad en las contiendas políticas. Cada cuatro años, el ajetreo electoral preparatorio de la designación de Presidente de la República; cada dos años, la campaña para decidir en

las ánforas qué ciudadanos deben integrar la Asamblea Nacional, rompe por unas semanas el lento discurrir de las ciudades y fincas de Costa Rica. Empero, conocido el resultado de los sufragios, los adversarios de la vispera se estrechan lealmente la mano, pensando quizás en la relatividad de los cargos públicos frente al problema, en todo tiempo urgente, de la normalidad constitucional. Sin duda, contribuye a esta hidalga y sagaz actitud la convicción plena que abriga el costarricense en la honradez de sus hombres dirigentes. Descartando a Tinoco, de tan lamentable memoria, los últimos mandatarios de Costa Rica, siguiendo y exaltando la tradición de sus predecesores, han sido un dechado de desprendimiento y de consagración al Estado. Todos abandonaron el poder más pobres, económicamente, que cuando lo asumieron, y es notorio en San José que para algunos, como para don Cleto Conzález Viquez y don Ricardo Jiménez, los más notables jurisconsultos del país, es un mal negocio, desde el punto de vista pecuniario, el abandono del bufete por la silla presidencial... ¿Qué país de América cuenta un caso similar?... Llegados al poder, los candidatos de ayer son los funcionarios tolerantes y solícitos de hoy. Y se presenta cotidianamente la circunstancia, cual sucede en nuestros días, de que el Presidente de la República discute en los periódicos, con los ciudadanos que censuran o hacen reparos a una medida gubernativa, los fundamentos y finalidad que lo han impulsado a dictarla. Como Chocano tiene su Torre, don Ricardo Jiménez posee su Palacio de Cristal... Con regímenes así, ¿cómo va a aceptar Costa Rica, en un tratado de Confederación, la peligrosa vinculación política con sus levantiscos vecinos? Costa Rica reconoce, como la que más, la fortaleza del nexo fraternal, pero sólo aceptará la íntima solidaridad con sus hermanas calaveras cuando éstas reemplacen las aéreas protestas de formalidad con pruebas tangibles de enmienda inaplazable...

Confiados en la regularidad y eficacia de sus instituciones; dedicados, por influencia atávica, a las labores agro-pecuarias; ecuanimes por temperamento,—los costarricenses han engrandecido a su patria, sin vanidad y sin escándalo, con elevadas conquistas en lo moral y en lo práctico. Si incruentamente han implantado, en el campo de los principios, la libertad de cultos, el matrimonio civil, la enseñanza laica, en el terreno material han unido con el riel sus litorales del Caribe y del Pacífico, y, merced a su espíritu industrioso y tenaz, han logrado bastarse a sí mismos. Económicamente, Costa Rica es un territorio autónomo. La Gran Guerra, que fué para otros pueblos la revelación de su dependencia financiera, dió a aquella república la mejor experiencia de la vitalidad nacional. Durante la espantosa hecatombe Costa Rica no conoció la crisis. Al contrario, vió acrecentar su producción de café y bananos y consolidar su moneda, el colón; moneda que, gracias a la Caja de Conversión ideada por el benemérito hombre pú-

blico don Alberto Echandi, se mantiene perennemente a cuatro colones por un dollar. Satisfecho con el esfuerzo efectuado; optimista ante el porvenir, el costarricense no guarda rencores ni mantiene recelos para el extranjero. Franco, afectuoso, servicial, no hace alarde de su exquisita hospitalidad; con lo cual confirma la sinceridad de sus sentimientos. El forastero no se ve, pues, cohibido, y a los pocos días se siente, como dirían los ingleses, *at home*. De mí sé decir que a la semana de arribar a San José me creía tan costarricense como los costarricenses. Y ello, no porque yo sea latino. El fenómeno es general con los que van de afuera y de donde quiera que se dirijan. Ocurre de idéntico modo con el Ministro norteamericano, Mr. Davis, que con el distinguido político y médico peruano, Dr. Rodrigo Peña Murrieta y el comprensivo Licenciado Manuel Roy, Vice-Rector del Instituto Nacional de la capital del Istmo. No erraríamos al afirmar que el alma *tica* es un alma imantada. Todo el que sale de Costa Rica alienta el propósito recóndito de retornar y lleva a todas partes esa especie de *saudade* que en aquel país denominan *cavanga*...

Garantizado el florecimiento material de Costa Rica por la pujante y notoria laboriosidad de sus hijos y el aporte creciente de capitales extranjeros (la United Fruit Company), la perspicaz nación centro-americana—*primum vivere, deinde philosophare*—empieza a preocuparse seriamente del problema cultural. Para solucionarlo—casi no hay *ticos* analfabetos—no necesita desplegar un esfuerzo sobrehumano, ya que todos los pueblos del país, por humildes que sean, poseen sendas escuelas que ocupan espléndidas construcciones erigidas por el Fisco. Como en muchos países de nuestro idioma se destaca la casa del cura, en Costa Rica resalta el edificio escolar. Pero, desventuradamente, los métodos pedagógicos que en él se siguen no corresponden a la previsión arquitectónica del Gobierno. Los espíritus de *vanguardia* han iniciado, de algunos años a esta parte, una propaganda en pro de la reforma educacional, y a fe que, mediante su prédica hábil y tenaz, han conseguido apreciables resultados. Puede afirmarse que ya han obtenido formar atmósfera propicia a las innovaciones más urgentes, a pesar de la resistencia obcecada de los espíritus reaccionarios, que no son reducidos en la república y que llaman *inicia* y despectivamente (¡yo querría una para mi Patria!...) «Argolla Pedagógica» al preclaro grupo que propugna la inevitable revolución en la enseñanza. La Escuela Normal de Heredia, faro y reducto de los partidarios del cambio de régimen educacional, verá en no lejano día coronado el ideal de sus desvelados Rectores Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén y Omar Dengo, ese triunvirato de cerebros superiores que ha forjado el *alma mater* de la casa de estudios que le confió el Estado. En compañía de García Monge visité, el 14 de noviembre del año próximo pasado, la mencionada Escuela, con el fin de presenciar la Reunión

Anual de los normalistas, y quedé muy satisfecho al observar el alto espíritu de solidaridad idealista que reina entre los maestros y alumnos de la prestigiosa institución que desafiando los escollos que le oponen los elementos retrógrados, conduce actualmente, como experto nauta, Omar Dengo, orador por vocación, que parece un genuino discípulo de William James y dirigiría con brillantez el más complicado *College* norteamericano.

En la generosa cruzada en beneficio del progreso de la instrucción pública, la Escuela Normal no está aislada y a la manera que las guerrillas secundan provechosamente la acción de los ejércitos regulares, desinteresados hombres dispersos contribuyen a esparcir la luz apostólica que irradia el establecimiento herediano. Uno de ellos es don Elías Jiménez Rojas, santo laico y científico profundo que, no obstante su individualismo rayano en intransigencia, posee una conciencia en que llamean inapagablemente los sentimientos más acendrados y altruistas. Quien no quiere perder la fe en la bondad humana debe ponerse en contacto con ese corazón nobilísimo, mentor comprensivo y confesor sin sotana de cuantos se dirigen a él en pos de orientación o de consuelo. «Don Elías» publica y reparte gratuitamente, en Costa Rica y en el extranjero, su revista quincenal *Reproducción*, inapreciable antología doctrinaria y «orden del día» del cerebro inquieto y certero de su director respetabilísimo. De carácter retraído, Jiménez Rojas rumia desde su rincón penumbroso—tal un Fausto entre sus retortas—cuantas novedades surgen en el mundo del pensamiento. El vulgo costarricense, que no lo trata, ve en él a un hosco, a un amargado, o para hablar con franqueza, hasta a un despechado. Es un cretino quien tal piense. Los que nos enorgullecemos con la amistad emuladora del ejemplar josefino vemos en él a un ser solitario, sí, pero solitario como esas torres inalámbricas que en apariencia no tienen más conexión que con la tierra en que hincan sus bases aceradas, pero que, sin embargo, reciben y transmiten en sus antenas hiperestésicas las impalpables ondas hertzianas... ¡Cada día agradeceré más a mi inmejorable amigo Jorge Calzada Bollandi que me haya vinculado a la Telephunken moral de Costa Rica! En otras esferas de actividad colaboran en sentido reformador mentalidades potentes y simpáticas. Don Justo A. Facio, nacido en Panamá y una especie de Rafael Altamira en lo moral y en lo físico, es un caluroso propagandista de la reforma de la enseñanza. El Licenciado Alejandro Alvarado Quirós, Rector de la Escuela de Derecho y que adquiriera notoriedad continental con motivo de su vibrante discurso en defensa de México, en la Conferencia de Santiago de Chile (1923), es otro factor de adelanto en el mismo sentido. Maestro brillante, político ardoroso, internacionalista de fuste, literato de juvenil fervor, el autor de *Nuestra Tierra Prometida* (Costa Rica)—amenísimo libro, escrito sobre todo con el corazón—mucho esperan de él los partidarios de la reforma. De entre los

que siguen la senda renovadora, citaré algunos nombres más. Moisés Vincenzi es una poderosa mentalidad filosófica, de chispazos y tenebrosidades a lo Carlyle, que, después de haber editado una abundante y abstrusa folletería, acaba de dar a la publicidad *Caracteres Americanos*, soberbio volumen de tres ensayos en que figura su acertada y efusiva apreciación sobre la personalidad y la obra de Vasconcelos. J. Francisco Trejos Quirós, director de la *Revista de Costa Rica*, condensa en ella cuantos estudios importantes surgen acerca de los diversos aspectos de la mencionada república. De más está decir que don Cleto González Víquez y don Ricardo Fernández Guardia, las más altas autoridades con que cuenta el país en materia de Historia nacional, ofrecen al público en la revista mensual del generoso y culto Trejos Quirós sus contribuciones ingentes al conocimiento del pasado de su hermosa tierra. Rogelio Sotela, poeta y escritor, que colabora en las principales revistas de España y América—con lo cual no hago un elogio sino señalo un defecto, pues la producción del literato costarricense, pierde de tal modo, en intensidad lo que gana en extensión—ha publicado últimamente la segunda edición de su libro *Recogimiento*, lleno de los interesantes pensamientos que le ha sugerido su ya meritoria vida de maestro y con los cuales ha querido coadyuvar al remozamiento del medio pedagógico de su país. Otros literatos y periodistas, como Vargas Calvo, notable publicista cuya pluma brilla con gran fulgor en la polémica y en el editorial sobre política; Joaquín Vargas Coto, el Gómez Carrillo de Costa Rica, que firma sus amenas crónicas con el seudónimo de «El Húsar Blanco»; Otilio Ulate, orador y escritor de combate, que por ahora se dedica a las delicias de Capua en la dirección de su popular rotativo *La Tribuna*, trabajan con elevación y acierto en la campaña de elevar el nivel intelectual de la vecina República. No menciono más nombres por no abusar de la paciencia del lector y para que no resalten las omisiones en que podía hacerme incurrir una prolongada enumeración y en que no anhela caer quien, como yo, ha sido muestra de tan finas atenciones de parte de los hombres de letras de Costa Rica.

He mencionado a los más meritorios intelectuales de Costa Rica. Para completar y coronar la enumeración, anhelo esbozar la personalidad y la obra del costarricense más justamente popular en América y España: Joaquín García Monge. Al dedicarle algunas líneas, querría que ellas reflejaran el fervor que siempre despertó aquél en quien las escribe. Mas aplazando esto para ocasión más propicia y considerando la finalidad meramente expositiva que persigo en este artículo, desisto de este empeño y me concretaré únicamente a decir cómo es y que ha hecho el actual e insustituible Director de la Biblioteca Nacional de San José. La verdad es el mejor homenaje que se puede rendir a este hombre genuinamente apostólico.

Aunque García Monge es un gran maestro; el atildado y castizo autor de la *La Mala Sombra*; un corazón de exquisita bondad, ostenta, para mí, como el más ennobecedor de sus títulos, el de *preclaro promotor de cultura*. Si la cátedra ha sido en toda oportunidad el foco de su influencia mental en Costa Rica, la imprenta ha constituido para él la tribuna desde la que ha enriquecido el acervo cultural de nuestra América, ya reproduciendo obras maestras del pensamiento mundial, ya revelado y ofreciendo a la imitación de nuestras juventudes las figuras epónimas de los héroes de la acción y de la idea, ya divulgando las producciones de los que recogen las inquietudes de nuestra raza, vigilan y defienden los intereses hispanoamericanos y trazan orientaciones urgentes a nuestros países. Efusivo admirador, o, mejor dicho, discípulo de Sarmiento, su divisa es la del gran argentino: «Educar es civilizar». Y «don Joaquín»—como familiar y continentalmente se le designa—ha educado y sigue educando con sus revistas *Ariel* y *REPERTORIO AMERICANO* y con sus bibliotecas *El Convivio*, *Sarmiento*, *Ariel*... Convertido en editor por las nobles exigencias de su prédica, nunca lo tentó la sed de lucro; jamás confundió las generosas solicitudes de *Ariel* con los reclamos deprimentes de Calibán. Yo sé que para don Joaquín, cada nueva publicación es económicamente una aventura y muchas veces, un holocausto. Yo le he visto obsequiar, con notable desprendimiento, colecciones íntegras de sus diversos editoriales, y entregarla al favorecido, no con la resignación del que da pensando en que sufre una merma, sino con la alegría de quien ofrece sus joyas en los duros verances de guerra... El insigne desinterés y la acertada campaña de García Monge le han atraído la simpatía calurosa y unánime de los más altos exponentes de nuestra estirpe, y «don Joaquín» se ha transformado en el insuperable confidente y colaborador de quienes experimentan la obsesión purificadora de fortalecer y sublimar la conciencia hispano-americana.

Cuando Miguel de Unamuno, Eugenio d'Ors, José Ortega y Gasset, Luis Arquistain, Gabriel Alomar, Francisco y Ventura García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Alcides Arguedas, Rufino Blanco Fombona, Hugo D. Barbagelata, Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Alberto Masferrer, Roberto Brenes Mesén, Rafael Heliodoro Valle, Enrique José Varona, «Cornelio Hispano» (Ismael López), «Gabriela Mistral» (Lucila Godoy) Alfredo L. Palacios, Leopoldo Lugones, Juan Zorrilla de San Martín, Enrique Molina, Arturo Torres Riosco, Armando Donoso, desean iniciar alguna propaganda benéfica, a quien primero transmiten sus proyectos es a García Monge. Y en el director del inapreciable *REPERTORIO AMERICANO* encuentran, además de un espíritu supremamente comprensivo, el mejor hilo conductor de sus desvelos mentales, de sus propósitos de solidaridad, de sus renglones

luminosos. García Monge abre de par en par, a tales desvelos, propósitos y renglones, las puertas de su *REPERTORIO*; y de tal manera, su selecto semanario viene a cristalizar la suma de la actividad mental de los representativos de nuestras letras. Quienes se preocupen por cuanto represente belleza, verdad y derrotero, colmarán su triple aspiración en las nítidas columnas de la revista costarricense y podrán alentar la absoluta seguridad de que no son extraños a las más palpitantes expresiones del espíritu hispano-americano. García Monge conoce admirablemente el valor y la eficacia de lo que tiene entre manos; le consagra toda su solicitud y no pierde conjuntura para extender el radio de su acción fúlgida y fecundante. Emociona contemplar la morosidad con que escoge el material de su *REPERTORIO*, con que corrige personalmente las pulcras pruebas de la imprenta Alsina, editora de su semanario, y con que distribuye los ejemplares de éste. Reparte gratuitamente un gran número de los últimos y lo hace cual con la paternal actitud de aquellos millonarios norteamericanos que vinculan su nombre a la obra filantrópica de sus «dotaciones». Con abundantes recursos pecuniarios ¡qué soberana fundación cultural no erigiría el Maestro a cuya alma afluyen los afectos de los más esclarecidos escritores de nuestra lengua! Según declaración de Vasconcelos, el ejemplo de García Monge le sugirió la publicación de las obras que con tanta munificencia como utilidad difundiera en el Continente la Secretaría de Educación Pública de la metrópoli

azteca, en los días en que el más generoso de los mexicanos transfigurara los departamentos burocráticos de su pueblo en una auténtica institución renacentista. Esta sola constatación es el más cumplido elogio que sea posible hacer de García Monge y el más digno remate que descubro para las cuartillas que acabo de pergeñar como débil muestra de mi entusiasmo por Costa Rica y por aquel hombre bueno que dulcificara mi vida de desterrado en los inolvidables días de mi corta estada en su pequeña pero grande patria.

JORGE GUILLERMO LEGUÍA

Panamá, 30 de mayo de 1926.

NOTA DE LA REDACCIÓN DE ESTUDIOS. —Publicamos la presente producción de nuestro muy estimado colaborador don Jorge Guillermo Leguía, sobre Costa Rica, como una nueva demostración del amplio espíritu americanista de nuestra revista.

Hombres de aquella república vecina, pocos por fortuna, en alguna ocasión que no queremos recordar, han alimentado con delectación la hoguera del odio entre estos dos países llamados a un porvenir común; hombres de nuestra tierra han correspondido a esa anacrónica actitud.

Hombres buenos de Costa Rica han dicho, con valor y franqueza que les honra, que «la aventura de Coto fué insensata, máxime tratándose de regiones cuyo porvenir decide la geografía»; hombres buenos de Panamá han correspondido a ese admirable gesto...

El sentimiento de unión y de fraternidad entre los pueblos del continente de Colón avanza con la fuerza incontrastable de un *imperativo histórico* avanza a despecho de los odios regionales, de los recelos y de las incomprensiones... Bolívar el Grande, desde las excelsitudes del Empireo señala con índice de luz el camino que debemos seguir para la conquista de un glorioso destino!

M. R.

Los derechos de Bolivia en el problema del Pacífico

Deberes históricos

Si la historia constituye para todo pueblo civilizado, una ley de continuidad moral, como lo es de continuidad biológica y política; y si ella caracteriza entre los demás su entidad consciente, el destino de las naciones que nuestros padres contribuyeron a formar en la época de la Independencia, no puede sernos indiferente.

La neutralidad de la República, por motivos de conveniencia nacional o de armonía con vecinos distanciados entre ellos, no excluye la manifestación de opiniones personales y colectivas, que sin comprometer la actitud oficial, pretenden influir sobre la conciencia americana, definiendo aquella ley moral ante los hechos que lo requieran.

De esta suerte, entendimos siempre acá que el problema del Pacífico, durante y después de la guerra de 1879, y fuera del afortunado arreglo que terminó nuestra cuestión con Chile en 1902, compromete el juicio argentino de una manera terminante. Es decir que ningún argentino puede excusar su opinión sobre él, sin mengua de aquella regla de conducta.

Así, creyendo que en la cuestión de

Tacna y Arica, la causa del Perú es la justa, me pronuncié por ella sin ambages, y la he sostenido como escritor, en la medida de mis fuerzas. Toda conquista territorial entre estas naciones, viola a mi entender el *uti-possidetis* de 1810, fundamento de nuestro derecho internacional, que no fué una expresión de la fuerza impuesta entre nosotros, sino un hecho por todos consentido.

Fundadores del Perú como nación independiente, colaboradores de Chile y de Bolivia para igual fin, la ley de continuidad moral que esos grandes hechos establecieron, sigue obligándonos a opinar en consecuencia y en justicia, siempre que se halle comprometida la integridad de Chile, de Bolivia o del Perú.

Y si esto debe forzosamente contrariar a una de dichas naciones—como es el caso—la pena de tener que hacerlo, no puede eximirnos lealmente de efectuarlo. Ella resultará, por el contrario, un sacrificio al deber. Y si, todavía, la nación contrariada nos lo reprocha como enemistad, o nos detesta por ello, nuestra conciencia

sabrá sostenernos en la verdad de que, no obstante las apariencias circunstanciales, trabajamos también por la nación resentida.

Nuestra moral internacional consiste en esto: en América no debe haber posesiones ni situaciones de conquista. Y ello, no por la mera declaración de un principio, sino porque nuestra propia independencia de los reyes de España, fué una negación de la conquista. Porque nuestra existencia como entidades de derecho, al menos hasta la declaración de Monroe, consistió en la negación efectiva y generalizada de la conquista. Y de un modo permanente, porque en buena moral práctica, la conquista entre nosotros es una autorización a que nos conquisten.

¿Acaso no andan ya sospechando en Chile, que el verdadero propósito de los Estados Unidos es quedarse con Tacna y Arica?...

Lo reputo una fantasía; pero es consecuente por lógica natural, no mera suposición u ocurrencia.

Más grave aún, si bien se mira, es el caso boliviano.

La cautividad de Tacna y Arica, mutila el territorio del Perú. Pero Bolivia, despojada de su litoral, es, a su vez, una nación cautiva.

Económicamente, desde luego, y esto bastaría ya; pero es que, políticamente, ello la reduce a una inevitable subordinación respecto de Chile, de la República Argentina o del Brasil; puesto que siendo un país rodeado, la libertad de su tránsito depende del consentimiento de aquéllos.

Aunque eso venga a favorecernos en suma, y más que a los otros dos, quizá, con el andar del tiempo, la ley moral nos impone rechazar ese beneficio a costa del mal ajeno. Y mucho más, si se trata de un país hermano, en el cual hicimos nuestras primeras armas por la común independencia.

El Alto Perú de la historia, es para nosotros la gloriosa región donde «supimos conseguir» los primeros laureles. Y cuando los afirmamos eternos, para vivir por ellos coronados, esta declaración ratificada con el juramento supremo, es un compromiso de seguir observando la misma conducta que nos llevó a tan noble destino.

La victoria da derechos al vencedor, pero no subordina el criterio a sus consecuencias; y si éstas nos parecen excesivas, callarlo es una vileza. Así; aunque exista en la ocasión el consentimiento del perjudicado. Ello crea derecho, pero no justicia. Y aquí estriba toda la cuestión.

Jurídicamente hablando, la causa de Bolivia es nacional. Moralmente es americana.

Así es, también, como la defendemos. De acuerdo con el irrefragable principio de dignidad humana, que niega ante la equidad el consentimiento de la servidumbre.

Por esto es inadmisibile que Bolivia recobre su litoral mediante compensaciones territoriales, que además de sancionar, comerciarían la conquista. Bástenos preguntar si lo queríamos para nosotros...

Sostener la justa causa de Bolivia es para mí un deber de argentino.

La neutralidad de la Nación no impone el silencio de la conciencia.

Tampoco quiero nada contra ningún país americano y menos contra Chile.

Y porque nada quiero contra ninguno, estoy con la justa causa de Bolivia y del Perú.

Que esto no es estar contra Chile. Porque no es querer quitarle a Chile nada suyo. Nada de lo que supo ganarse con su independencia. Como nosotros y como los pueblos que entonces constituyeron naciones, ayudándose unos a otros para ello, y consintiéndolo entre sí. Porque si se argumenta con la sangre que costó la tierra conquistada, sangre igualmente preciosa derramaron los que la perdieron.

Ese consentimiento, fundamental para el derecho americano, excluye el de su propia violación, que sería una inmoralidad ante la conciencia y ante la historia.

¿Cómo va a resultar aceptable la existencia de una nación cautiva, entre naciones hermanas cuya independencia y dignidad provienen de un esfuerzo común para sacudir el cautiverio!

Es que a virtud de ese origen, dichas naciones constituyen un caso especial en el mundo y en la historia. Este caso es la fraternidad internacional, que no formula, acá, una mera aspiración humanitaria, sino un hecho categórico; de tal suerte, que podemos ser, unos respecto a los otros, buenos

o malos hermanos; pero, hermanos, no podemos dejar de serlo.

Si bien se mira, esto es lo verdaderamente importante en el asunto, no la polémica y el debate diplomáticos, tan agotados ya, que su reproducción lejos de ilustrar fastidia. Y por igual razón de ética americana y de interés común para todos los países hermanos, la cuestión del Pacífico no tiene posibilidad de solución completa sin Bolivia. Cualquier otra que se hallara, dejaría tan agraviadas como lo están hoy, la moral y la justicia.

El mar es la puerta franca de las naciones. Toda nación litoral, a quien se le clausure dicho acceso, quedará prisionera o cautiva, y este es el caso de Bolivia despojada.

Tenemos que mantener y robustecer en América la más terminante proscripción de la conquista, cualesquiera que fuese su motivo y su precio. La independencia es un bien continental, y por él se define la solidaridad americana. De no, carece ésta de sentido.

La victoria tiene un precio que es la reparación o la indemnización, pero que en América no puede ser la conquista. El despojo de Bolivia viola esta ley de continuidad moral, y por ello debemos sostener la causa boliviana sin vacilación ni subterfugios.

LEOPOLDO LUGONES

(De una hoja volante).

Bolivia y el mar

=De Bolivia, Barcelona=

CADA vez que pienso en Bolivia recuerdo la página—una de las más bellas de toda la literatura iberoamericana—en que un gran escritor satírico denuncia ante el mundo, el crimen de mantener a Bolivia distante, separada del mar. Ningún patriota continental puede permanecer indiferente ante el problema. Bolivia necesita el mar. De todas las empresas que en este instante se hallan pendientes en nuestra patria común, ninguna es más urgente que cortar esa sogá que ata y asfixia el cuello de la nación hermana. La sogá de un lindero que ahorca a cuatro millones de gentes hoy, y seguirá ahorcando a veinte, a cuarenta millones de gentes mañana. Un lindero que es fruto de la guerra, el disparate y el odio. Un lindero que es baldón del sentimiento continental.

Cada vez que se piensa en Bolivia, cada vez que se piensa en el porvenir dichoso de las naciones todas del sur, se ve que es indispensable desgarrar el mapa, correr las tintas y de un modo o de otro, ligar el color que corresponde a Bolivia con los tonos azules que marcan el sitio del extenso Pacífico.

Bolivia con litorales, Bolivia con puertos, Bolivia ensanchada, ¿qué patriota de Iberoamérica no ha soñado con las flotas de los veinte pueblos, recorriendo mares y marcando rumbos al destino? ¿Y por qué ha de

faltar eternamente entre esos bajeles del porvenir, la bandera de Sucre, la bandera del país que se bautizó con el nombre del Libertador? ¿La nación para la cual, cada hermana vecina, dió una parte, desgarrada después y ahorcada, por los mismos que le dieron ser; privada de boca; carente de entrada a las corrientes que van de norte a sur y occidente a oriente, por todas las capacidades ilimitadas de la historia?

¿Con qué derecho se disputan Chile y Perú una faja de tierra, o por lo menos una porción de esa faja de tierra, que debiera ser, que irrevocablemente es derecho exclusivo de Bolivia?

¿Y qué clase de patriotismo y de concepto continental es el nuestro que no mira que sacrificar a Bolivia es tan grave como sacrificar a Chile o sacrificar a Perú? ¿Por qué no se comprende que el interés del boliviano es el mismo del chileno, el mismo del peruano, es decir, el interés de crear patrias grandes y libres, como base del Estado futuro común?

La página más negra de toda la negra guerra del Pacífico es la página en que se privó a Bolivia de una salida al mar. Una situación así no puede perdurar. Si Bolivia jamás hubiese tenido un puerto sería forzoso dárselo. Si Bolivia no tuviese ningún derecho al litoral, sería indispensable crearle ese derecho. Aun si Bolivia no

quisiese ocupar un puerto, sería menester obligarla a tomarlo. O se suprime Bolivia o se le da un puerto, esto es tan elemental que lo entiende un niño. Y sin embargo, ha escapado del todo a las personas que han estado interviniendo en los recientes esfuerzos para terminar la Cuestión del Pacífico. Desde antes que se viera palpable el fracaso de dichos esfuerzos, ya sabíamos que no podrían conducir a ningún fin, porque desde el principio no tomaban en cuenta el interés de Bolivia.

Llevamos años de estar oyendo hablar de los derechos del Perú y de las ambiciones de Chile sobre las provincias en disputa, pero pocas, muy pocas veces se recuerda que el verdadero derecho—aun sin leer una letra de tratados y acuerdos—es el derecho de Bolivia para reconquistar sus litorales.

Es ya no sólo injusticia sino torpeza estar discutiendo y tratando los asuntos comunes como si fuésemos naciones extranjeras que buscan ventajas unas a costa de las otras. La batalla del antinacionalismo hay que librarla en el Pacífico. Entiéndase bien que hablo de antinacionalismo en el sentido de sacrificio de los intereses nacionales a los intereses continentales.

Nacionalidades, las nuestras, mal hechas y peor regidas, ¿qué valen todos sus títulos y vanidades delante del verdadero patriotismo que existió, antes de la creación de las nacionalidades, y que tarde o temprano tendrá que cuajar en un ideal más robusto que todos los patriotismos contemporáneos?

¿Por qué laberintos se extravía nuestro criterio que no quiere ver que hemos caminado para atrás en materia de sentimiento patriótico? Causa pena reflexionar en que hace unos cien años estábamos más unidos que ahora. En efecto, a raíz de la Independencia común, los nacionales de uno y otro pueblo iban y venían sin hacerse extranjeños al atravesar fronteras. Sin trámite alguno de adopción de nacionalidad, servían puestos públicos y tomaban parte en la política, hoy aquí, mañana allá, y esto se veía natural y ventajoso. De hecho éramos una patria y lo fuimos mientras perduró la influencia de los Libertadores, la influencia de la gran generación que libertaba pueblos y creaba patrias. Mientras la América tuvo por cerebro a Bolívar, mientras tuvo por corazón a Sucre, era fácil tomar hoy un pedazo a Chile para darlo a Bolivia o corregir el lindero de Bolivia para agrandar a Chile; aquello se hacía en grande y conforme a una justicia superior. Pero después de Bolívar y después de Sucre, después de las grandes figuras de la Independencia, el poder público fué pasando a las medianías ensoberbecidas por el azar; o peor aun, a los francamente pícaros. Iturbide, en México, después de perseguir durante diez años a los caudillos de la Independencia, se hace del poder, traicionando al Soberano español y eliminando a los patriotas del dominio de la cosa pública. Casos menos notorios se reproducen en Sud América

donde un Ovando, complicado con la muerte de Sucre, logra sin embargo, escalear la presidencia. En general, caudillos de segunda fila, conquistan el poder mediante el crimen o la intriga y comienza entonces una época de sombrías dictaduras internas que naturalmente desarrollan celos y rivalidades externas. En la mayor parte de tales casos el celo por la Soberanía no es otra cosa que el afán de conservar la impunidad para los crímenes que se cometen en el interior. Lo natural hubiese sido que el pueblo más adelantado prestase ayuda a los demás para organizarse políticamente y económicamente; pero como esto no conviene al interés personal del dictador del momento, se cierran entonces y se afirman las fronteras y cada serie de dictadores va dejando más estrecho concepto de la patria y cada patria se siente, ella sola, erguida y amenazante con la misma ridícula insolencia del déspota que no conoce otra mira que mantenerse en el poder.

Las rivalidades de los gobiernos, fueron creando, de tal suerte, ya no sólo la separación de Estados que eran hermanos, sino posibilidades de guerras y discordias, hasta

que se llega al bochorno de la Guerra del Pacífico. ¿Hay algo más triste que pensar que tres naciones de nuestra raza, han ido fomentando un patriotismo que se funda en victorias y ventajas obtenidas por una nación castellana sobre otra nación castellana, y esto cuando tenemos planteado el problema del destino común, frente al más grande poder que han conocido los siglos?

¡Bolivia ahorcadal! ¡Que todos los patriotas de la América recuerden que Bolivia necesita un puerto! ¡Que no se transija ninguna cuestión sin que antes se arregle que Bolivia recobre su puerto! ¡Que no se hable de iberoamericanismo si no se exige la justicia evidente de Bolivia! El medio de lograr esa justicia no nos interesa a los que estamos lejos; el procedimiento ha de ser cosa que resuelvan los mismos que están dentro del conflicto. ¿Compensaciones territoriales a Chile? ¿Convenios directos, arbitraje iberoamericano? Poco importa. Lo que importa a Bolivia es tener su puerto. Lo que nos importa a todos los de Iberoamérica es que Bolivia tenga su puerto.

J. VASCONCELOS

Paris, agosto de 1926.

El concierto clásico

Impresiones del concierto del 28 de setiembre, dado por la Asociación Musical.

PODAVÍA el sonido de aquellas melodías me fascina el oído y no sé qué turbación siento dentro de mí.

Me parecía aquella noche que todo se desvanecía alejándose, que se desvanecían también mis ilusiones como aprisionadas dentro de un velo que se alargaba para aproximarnos. Imaginaba entonces que aquellas ondas sonoras brotaban de unos labios que yo no veía, que se tendían hacia mí unas manos trémulas y finas y mi espíritu huía hecho armonía a los lejanos reinos de la luz y de las sombras.

¡Violines! El instrumento hecho un cuerpo vivo, identificado con el artista y que se estremecen íntimamente, que se confían sus penas, sus alegrías y sus ensueños, que se estrechan para escaparse de la tierra.

¡Lo recuerdo todo! En la tragedia fatal de las *Erinnias*, al evocar las figuras crueles, me sentía impelida por una fuerza oculta hacia las puertas de un oscuro abismo lleno de lágrimas y en la *Elegía* y en el *Entreacto*, mi corazón sufría y sentía como si una mano de hierro lo retorciera fuertemente, hasta dejarlo exangüe y lastimado... y mis ojos iban hacia ti tímidamente y me parecía despertar de un largo sueño.

La *Rueda de Onfalía* convertida en realidad por una magia asombrosa. ¡Hércules dominado por un amor que lo inflamaba y a los pies de una mujer! Hilaban los violines en un huso invisible y maravilloso y el alma zozobraba en la angustia del espasmo que roba la conciencia de las cosas para llevarnos a un desconocido más allá.

Así en el *Sueño de una noche de verano*, percibía yo aquel perfume de los lirios nocturnos; las estrellas como rosas de luz iluminaban el jardín aristocrático y las riberas de un lago silencioso. ¡Cómo se oía el aleteo de los pájaros en sus nidos, el ruido sordo de mil insectos extraños, el susurro de la brisa!

En el ambiente... la juventud que seduce, la fiebre en la sangre, la caricia en los ojos, el amor en las almas, el aliento y la vida; y la voz de ella, débil como un arrullo y llena de emoción profunda. Le hablaba a él tímidamente y le decía: «llevaré siempre dentro de mí el sentimiento de haberte casi perdido quizá, por no haber seguido los impulsos de mi voluntad o tal vez por no haberme abierto el corazón para confiarte la pena inmensa que lo devora y me he quedado atada a esta dura roca, consciente de mi sacrificio, aunque adivino en tus ojos la sinceridad de una oferta y tiemblo al decirte cómo está mi alma suspendida de tus ojos, de tus labios, de tus manos, en las que yo veía un apoyo para llegar a la cima de la vida, como por la gloria de un milagro... y luego el despertar... y me he traído prendida hasta en mi traje la intensa emoción de aquella noche como se lleva en el alma el aroma inconfundible del amor.

ERGANE

San José, octubre, 1926.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Ada Negri y Gabriela Mistral

Buenos Aires, setiembre 26 de 1926.

Señor director de

REPERTORIO AMERICANO

Don J. García Monge

Muy estimado señor:

En carta recientísima Ada Negri me comunica que le ha llegado el número 22 (del 12 de junio) de la excelente y prestigiosa revista que Ud. dirige y que ha leído el artículo que la gran poetisa chilena Gabriela Mistral le dedica. «Un artículo que quiere ser una especie de entrevista. En este artículo—sigue diciendo la ilustre poetisa italiana—muchas cosas son verdaderas, pero otras no lo son del todo».

Ada Negri desea, por la verdad, que se rectifiquen algunas cosas y conceptos que se le han atribuido erróneamente.

Su hija no ha tenido como madrina de bautismo a Eleonora Duse: «No comprendo como Gabriela Mistral diga semejante cosa».

«Me causa gran dolor que Gabriela Mistral ponga en mis labios un juicio tan ligero acerca de la última obra de Gabriele d'Annunzio», agregando textualmente (como lo es todo lo que va entre comillas): «mi admiración hacia Gabriele d'Annunzio no tiene



Ada Negri

(Retrato reciente)

límites. Nunca me atrevería a arriesgar un juicio. Me parecería una irreverencia. Creo que Gabriela Mistral ha puesto en mis labios sentimientos y apreciaciones propios, sobre d'Annunzio».

«Querido amigo: le pido un inmenso favor; hacer saber en seguida,

si puede, a Gabriela Mistral, que estoy muy apenada y la exhorto, si su artículo va a ser transcripto o recogido en volumen, a quitar de él:

1.º—mi apreciación sobre *Il venturiero senza ventura*, con los respectivos agregados.

2.º—la frase de Matilde Serao que yo he referido».

Creyendo que Gabriela Mistral se halla en América, me pide su dirección actual y me encarga haga pública su «altísima admiración para con el máximo poeta nuestro» y su «veneración para con el soldado de Fiume y del vuelo sobre Viena».

Me apresuro en cumplir el encargo, llevando—señor García Monge—la noticia allí donde apareció el artículo que leyó Ada Negri.

Tengo la completa seguridad de que esta pequeñísima incidencia de carácter meramente literario, motivada con toda pro-

babilidad por los distintos idiomas que las preclaras escritoras usaron durante la entrevista, no ha de alterar absolutamente la sincera y cordial amistad y admiración que mutuamente se profesan. Lo deseamos todos.

Es casi inútil—mi estimado señor García Monge—que haya el pedido que es de práctica hacer cuando se le pide al director de una revista, la inserción de unas líneas. Ud. ha comprendido mi deseo, eco del de un espíritu superior; y sé que va a acceder a ambos.

Reciba mis cordiales saludos y mis votos de ventura personal. Soy S. S.

ATILIO E. CARONNO

s/c Acevedo 242.

NOTAS: Le acompaño el más reciente retrato de Ada Negri, de la cual, dentro de poco, va a recibir *El libro de Mara*, que yo he vertido al español y que se está acabando de imprimir en Buenos Aires. La edición será de la revista *Nosotros*.

La actual dirección de ALFONSINA STORNI (pues sé que Ud. le envía su revista) es: calle Córdoba, 807 Buenos Aires.

Dirección de ADA NEGRI: Viale dei Mille 7. Milano (20), Italia.

Dirección de GABRIELA MISTRAL:

Bôite Commerce, 12.

Fontainebleau (S. et M.) France.

Poesía y crimen

Todo hombre es poeta y según Gourmont, todo hombre lleva en sí un mundo.

Quien esté dotado de mayor sensibilidad que el resto de los humanos, obligado está, en primer término, a comprender lo que vale la vida de un semejante.

Sírvanse los presidios de medios de instrucción—educando así el sentir—para enderezar las conciencias, por la perversidad mal inclinadas.

Mal se comprende a quien porta la lira de Dios destruyendo a los mismos para quienes canta.

Verdad es que un poeta, no obstante el tinte de celeste que se le pretende dar, es tan humano como el que más, a yerros está expuesto, porque se dice de los hombres

que grandemente aciertan, que de igual manera se equivocan. Otro es el caso del cantor de las Américas: a un yerro agregó otro y a donde más que daño, debió sembrar humanidad, no lo hizo.

Deseo, no que los presidios retengan a los hombres, pero sí es justo que los hombres quieran vivir en paz; restan así los presidios una de tantas calamidades que plagan este valle.

Sea razón para pedir la libertad de un hombre el que la merezca; no lo es el que la naturaleza lo halla dotado con preferencia, porque todo hombre es poeta.

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1926.

MAX JIMÉNEZ

En los comedores del Hotel Ritz, que estaban elegantísimamente adornados, un grupo de amigos y admiradores de don Baldomero Sanín Cano ofreció al maestro un banquete¹, como prueba de adhesión y simpatía.

En la fiesta, que fué amenizada por una espléndida orquesta, reinó una agradable animación y una perfecta cordialidad.

A la hora del champaña, el doctor Saavedra Galindo leyó el siguiente telegrama, en que Guillermo Valencia se asocia al homenaje a Sanín:

Popayán, setiembre 23.

Cornelio Hispano.

Bogotá.

Salúdolo cariñosamente. Deploro distancia que impídeme concurrir al banquete ofrecido al inolvidable maestro y óptimo amigo Sanín Cano. Estoy cierto de que nobles palabras de usted colmarán el anhelo de los que, desde lejos, acompañamos al ilustre pensador en espíritu de amor fraternal.

Abrázolos,

GUILLERMO VALENCIA

Discurso de Cornelio Hispano

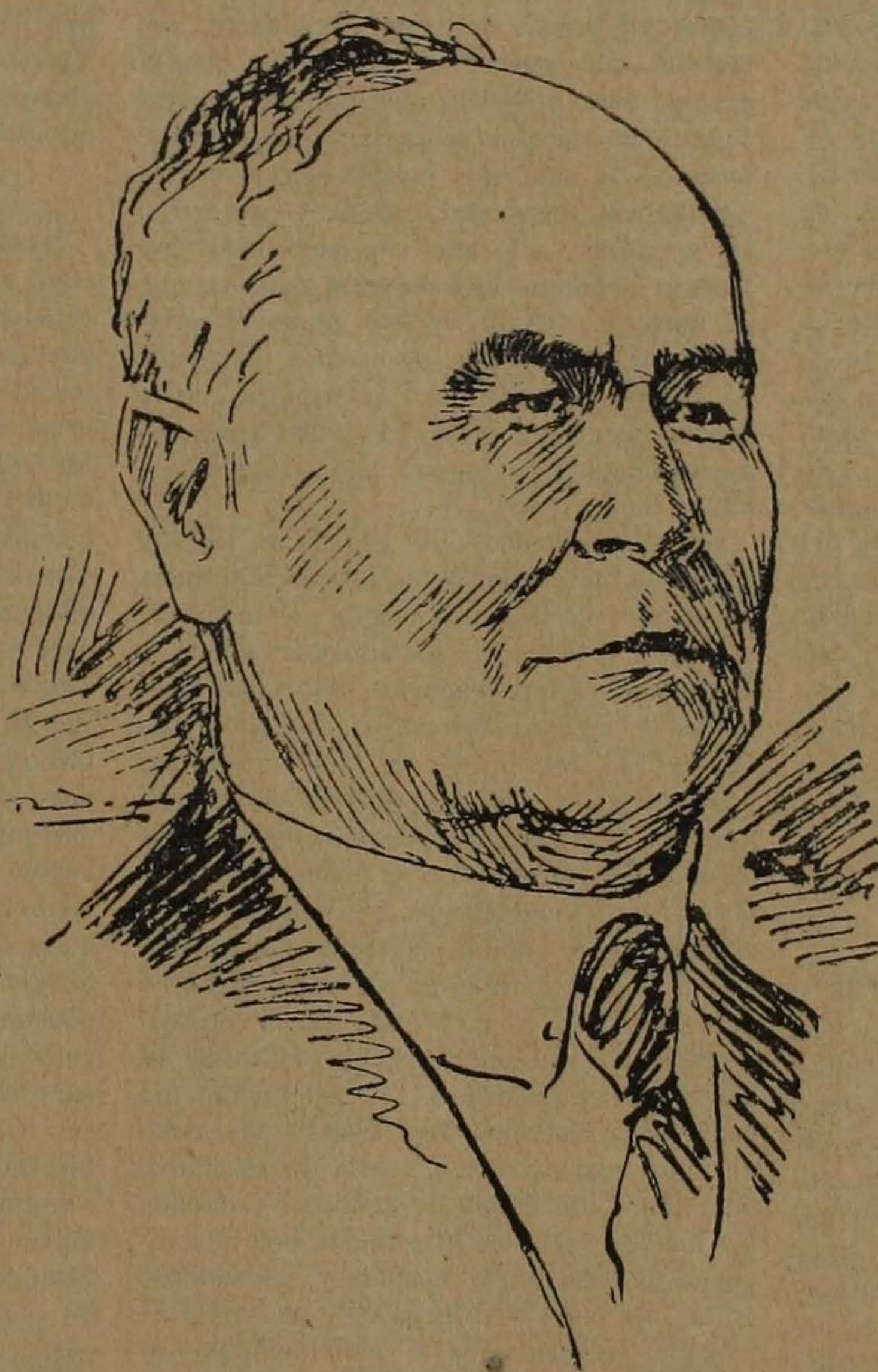
En seguida Cornelio Hispano, uno de los organizadores, ofreció el banquete en los siguientes términos:

Querido Sanín Cano:

¡Qué placer para nosotros volveros a ver aquí, después de tan larga ausencia y en una noche que hacéis tan agradable! Algunos de los que nos congregamos en torno de esta mesa sentimos, hace ya muchos años, el poder y atracción de vuestra inteligencia en plena lozanía, y recordamos que, como crítico, desde aquel tiempo teníais el don de ver claro y un dictamen admirable. Fueron aquellos días juveniles en que apenas desapareció Silva del escenario de nuestra literatura, un grupo de barbipungentes aprendices pugnábamos por recoger su herencia, no inventariada y casi desconocida, en las páginas inolvidables de *Esfinge*, efímera hoja periódica que, guardadas las convenientes proporciones, correspondió en Bogotá a las también efímeras de los simbolistas del Sena, congregados en torno de Stephan Mallarmé, el artista a quien admiraban como al más perfecto de los poetas y al más sabio de los hombres, y que les daba la ilusión de escuchar un nuevo Sócrates, reposado, sutil, dulcemente irónico, benévolo, pero también maestro de exquisito tacto para retener o distribuir el elogio.

Eran los bellos días en que amanecía en

Homenaje a Sanín Cano



B. Sanín Cano

Retrato de RENDÓN

el horizonte la estrella de Valencia, el de las *Cigüeñas blancas*, y también los de las peregrinaciones dominicales a la Villa Caserta, donde los novísimos rebeldes de las letras íbamos a deleitarnos con vuestra palabra docta y fraternal, que así traducía para nosotros, de las difíciles lenguas del Norte, los cantos o las filosofías de los escritores de última hora, como nos iniciaba, sencilla y amablemente, en los secretos del arte moderno, de la estética contemporánea.

Allí, en torno de una mesa donde horas después había de servirse el té, unos cuantos jóvenes, que más tarde dispersó la varia suerte, vivimos horas de deliciosa intensidad intelectual, para siempre impresas en la memoria. Sobre las mesas y en los sofás teníamos al alcance de la mano las últimas entregas de selectas revistas de ciencias, arte, literatura, de Berlín, Londres, París, Roma; las obras, húmedas todavía por la impresión, de Nietzsche, Jorge Brandes, Teodoro de Wysewea, Ibsen, Carducci, Wilde, Verlaine, D'Annunzio, Anatole France, Bourget, Maurice Barrés, Jules Laforgue, una generación de escritores no superados ni

igualados hasta el día. Cuando en los centros más cultos de Europa eran desconocidos ensayistas, poetas y filósofos de esa misma tierra europea, aquí, en esta cima de los Andes, nosotros los saboreábamos merced a vuestra curiosidad universal, tan singular y exótica que apreciables doctores en Letras los creyeron, y quizá aún los creen, engendros de vuestra fantasía.

Querido Sanín: en una de las tragedias de Sófocles, un héroe griego e impío, que se batió ante los muros de Ilión, dice que siempre había creído que a los hombres los conducía el obrar, pero que ahora advierte que lo que los impulsa es el hablar. Mucho más que en aquella edad heroica, la palabra mueve hoy al mundo, y sabiéndolo, habéis dedicado lo mejor de la vida a estudiar y traducir en sobrio lenguaje, todas las ideas que conmueven la conciencia contemporánea. Las habéis expuesto con fino arte en el estilo, sutileza en el análisis y originalidad y relieve en el pensamiento, y, fiado en la gran palabra atribuida a Virgilio: UNO SE CANSA DE TODO, EXCEPTO DE COMPRENDER, sin tregua ni descanso habéis ejercitado esa facultad tan noble del hombre: la de comprender, endulzando su rígida seriedad con aquella exquisita sonrisa socrática, que es la alegría de la reflexión y el goce de la sabiduría, de la que sólo saben servirse los grandes maestros poseedores de esa otra facultad tan rara entre los hombres: la de dudar. Si el primer paso de la civilización humana, como lo habéis escrito, fué

el ejercicio de las manos, con vuestra venia me atrevo a pensar que el penúltimo fué el ejercicio de la facultad de dudar. El primer día en que el hombre, ante las cosas que lo rodeaban, se preguntó quién era y de dónde venía, puede considerarse como el más trascendental de la civilización del mundo.

Facultad encantadora y prodigiosa esta de la duda, pero—afirman muchos—inmoral y perjudicial a las personas y a sus bienes, contraria a la seguridad de los Estados y a la tranquilidad de los gobiernos, funesta para la humanidad y destructora de los mismos dioses. Aunque, en realidad, no es tan destructora como se dice, porque los hombres nunca se guiaron por la razón, sino por el instinto y el sentimiento, por lo cual un patricio de las letras que no ha mucho encomió a Rabelais, desalentado, llegó a creer que los viejos prejuicios son menos funestos que los nuevos, porque el tiempo, al usarlos, los pule y los vuelve inocentes.

Al regresar a la patria, tenéis la alegría de encontrarla libre de graves problemas internos y externos, en franca convalecencia de las pasiones políticas que tantos ma-

¹ En la noche del viernes 24 de setiembre pasado.

les irreparables le causaron, próspera por el trabajo, intensificado en una larga era de paz fundada sobre la base granítica del goce irrestricto de todas las libertades públicas, sin las cuales este país no ha podido ni puede vivir, y halláis también en los espíritus un vivo y nobilísimo anhelo de renovaciones que sabréis apreciar y estimular.

Llegáis en una hora oportuna, rico de experiencia y después de haber vivido muchos años en los más flamantes hogares de civilización, del uno y del otro hemisferio. Vuestros luces, en estos momentos de la vida nacional, nos serán grandemente útiles, porque, como lo habéis dicho, la prosperidad trae gravísimos problemas, y sólo mentes capaces y modernas podrán resolverlos. Tenéis la palabra para hablarnos del provecho que en la práctica podemos sacar de vuestra teoría de la civilización manual, que para nosotros no puede ser otra que la de las realizaciones destinadas al engrandecimiento de la nación y a la comodidad y felicidad de vuestros compatriotas.

Sanín Cano: por vuestro feliz regreso a Colombia.

Discurso de Sanín Cano

Sanín Cano, antes de leer su discurso, dijo las siguientes palabras:

Amigos míos, compatriotas, Cornelio Hispano: no saben ustedes lo que es el tormento de oír a un mal orador, pero van a saberlo. Yo no poseo dotes ningunas de oratoria, y ustedes, que han oído a Saavedra Galindo, a Restrepo y a tantos otros oradores que en la tribuna pública han deleitado sus oídos, van a escucharme ahora a mí; pero para que sepan lo que es ese tormento, me permitiré contarles una pequeña anécdota: Se iba a ahorcar en Inglaterra a un gran criminal, y cuando estaba ya cerca de la horca, le preguntaron si quería decir algo; el sentenciado a muerte dijo que nada tenía que decir, y que sólo esperaba que se le ejecutara rápidamente. El verdugo, entonces, le manifestó que entre los concurrentes se hallaba el diputado de su distrito, y que si quería, él podría decir un pequeño discurso. A esto el deli.cuente se limitó a contestar:

—No tengo inconveniente en que el señor diputado pronuncie su discurso. Sólo me limito a pedirle que aguarde a que yo haya muerto, para hablar...

Después de estas palabras, que fueron acogidas con grandes aplausos, Sanín Cano leyó el maravilloso discurso que se leerá en seguida:

La dulce emoción que suscita en mi espíritu esta suntuosa manifestación de cultura colombiana me trae a un mismo tiempo una vaga sensación de temor. El hombre, por más avisado e imparcial que lo imaginemos, no logra nunca conocerse a sí mismo, y es obvio que, siendo una criatura eminentemente sociable, cada uno de nosotros no es, moral y socialmente, sino aquello que los demás piensen de él. Es inútil darse importancia. Es casi superfluo tenerla. Si

nuestros amigos, si las personas que nos conocen o nos desconocen, no nos prestan importancia, nunca llegaremos a tenerla, cualesquiera que sean, por otra parte, los méritos que poseamos. De modo que al aceptar este bellissimo obsequio de vuestra cultura, no puedo escudarme con la usada loriga de la modestia, porque acaso vuestra inteligencia, demasiado sagaz y generosa, no se dirige a lo que soy sino a lo que vuestra ilimitada benevolencia quisiera que yo fuese. Y, situado en ese plano el significado de esta fiesta, lograremos ponernos de acuerdo: acepto vuestra largueza con la misma sinceridad y con el mismo temperamento humilde con que reconozco mis incontables limitaciones.

Cornelio Hispano, con esa frase límpida y donosa que recuerda las formas adorables en la obra de aquellos magos de la paleta verbal a quienes ha tomado por maestros, ha señalado minuciosamente y haciendo prodigios de memoria evocativa, aquellos días en que el fervor de la vida intelectual bogotana solía tener repercusión en las capitales de la América Española y en la mente de algunos letrados y curiosos investigadores, de la vieja Europa. De lento y tardío desarrollo, me cupo la suerte de ser todavía joven, cuando lo eran de veras los hombres que en prosa y en verso, en el ensayo literario, en el sesudo artículo editorial le han dado renombre a la generación del centenario. Cuando ellos usaban los complicados instrumentos del arte de escribir y adoptaban con ánimo de señores y dueños los nuevos recursos inventados por una fecunda generación de artistas y pensadores en las naciones directoras del pensamiento humano, yo acarregaba el humilde material con que ellos han edificado una fábrica suntuosa. Si el obrero que trae sobre sus hombros la piedra o el cemento para las grandes obras arquitectónicas tiene parte en la edificación, acaso a mí me quepa la honra de haber participado en las hermosas estructuras que han alzado para orgullo de Colombia los poetas y los escritores de prosa de una generación posterior a la mía, algunos de los cuales ocupan puesto al rededor de esta mesa. No quiero señalar individualmente sus méritos porque son tan conocidos como los suaves resplandores de la aurora, y tan evidentes como el ruido de las cascadas o las vibraciones fascinadoras de la luz meridiana en el paisaje montañoso.

Con los escritores y poetas, con los hombres del periodismo que nos honran en el ámbito espacioso donde suena la lengua castellana, se sientan a esta mesa algunos de los hombres que han contribuido a la grandeza de Colombia y siguen acreciéndola en las artes, en las finanzas, en la diplomacia, en el comercio, en la política, en el foro, en la industria y en la enseñanza; mediante el esfuerzo de cada uno y la fortaleza de todos, el anhelo común y la fe en el destino de un gran pueblo que ha sido superior a sí mismo en largos años de prueba, han logrado la dicha de contemplar realizadas las más bellas esperanzas.

A mí me ha tocado volver a la patria, después de largos años de ausencia, a regocijarme con la risueña visión de los tiempos que llena hoy la mente de los colombianos. Yo os felicito de todo corazón y me felicito por pertenecer a la gran nacionalidad que habéis puesto tan alto:

Desde lejos, en el turbión de la civilización europea, mezclado abstractamente y como periodista a la vida civil de aquellos pueblos, conmovido con el brillante espectáculo de la cultura que han creado con brazo hercúleo los hombres de la América Austral, siempre los ojos puestos en el porvenir de Colombia, me enorgullecían sus triunfos en la industria, me llenaban de complacencia sus conquistas políticas, su amor a la paz, sus pruebas de cordura y de respeto a los derechos ajenos en sus relaciones internacionales, y más de una vez he hecho uso de las tribunas que me ofrecía la hospitalidad de pueblos amigos para hacer presentes las obras de cultura que hemos acabado y que el extranjero se empeña en ignorar con grande ahinco. Me confortaba de la tremenda impresión de desconsuelo, causada por el espectáculo de la carnicería humana en el Viejo Mundo, el pensamiento de que en América el hombre colocado por hados benignos en ambientes más favorables en lo material y en lo moral, había opuesto la razón al imperio de la fuerza y hecho de estas comarcas el seguro refugio de la civilización amenazada por quienes se titularon a sí mismos sus portaestandartes. Colombia, como la mayor parte de sus hermanas del continente, se prepara para cumplir ese destino manifiesto y vosotros habéis tenido parte en la labor que hace de este hemisferio la esperanza del género humano.

En nuestro país ha cesado la lucha de la fuerza contra la razón. El colombiano de hoy ha puesto en práctica los anhelos del colombiano de ayer. Con la satisfacción de ver realizadas gran parte de las aspiraciones de mi generación, he vuelto a pisar el suelo patrio, y henchida el alma de consoladoras esperanzas, al daros las gracias por la insuperable distinción de que me habéis hecho objeto, brindo por vuestra ventura personal, y os ruego que me acompañéis a brindar por la grandeza de Colombia y por el bienestar de los colombianos.

Fueron organizadores de la Fiesta los señores Víctor M. Londoño, Cornelio Hispano y Rafael Duque Uribe, y anfitriones los siguientes señores:

Jorge Zawadzky, Fernando de la Vega, J. M. Saavedra Galindo, Demetrio García Vásquez, Carlos Uribe Echeverri, Jesús Antonio Hoyos, Carlos Arango Vélez, Abel Carbonell, Daniel Arias Argáez, Ricardo Hinestrosa Daza, Gabriel Cano, Luis Cano, Enrique Otero d'Acosta, Julio H. Palacio, Manuel Marulanda, Ricardo Sánchez Ramírez, Enrique Santos, Germán Arciniegas, Teodosio Goenaga, Eduardo

Esguerra Serrano, Luis Tamayo, Luis Carlos Pérez, Francisco Paillée, C. A. Torres Pinzón, Abraham Cortés, T. Villa Haeusler, Enrique Restrepo, Olin-
to Marcucci, Roberto Michelsen, Car-
los Castro Mesquera, Manuel Casis,
Julio Barriga P., Eduardo de Heredia
y Francisco Forero R.

(El Tiempo, Bogotá).

Bibliografía titular

LOS LIBROS RECIBIDOS EN LA SEMANA

Ficción

V. GARCÍA CALDERÓN.—*Si Loti hubiera ve-
nido*.—Novela corta, traducida del francés
por Emilio Ramírez Angel. Editorial EXCEL-
SIOR. París. 1926. (Don. del A.)

CONCHA ESPINA.—*Altar Mayor*.—Novela.
RENACIMIENTO. Madrid. 1926. (Don. del A.)

B. ORTIZ DE MONTELLANO.—*Antología de
Cuentos mexicanos*. Selección y prólogos
de Bernardo Ortiz de Montellano. Editó-
rial SATURNINO CALLEJA. Madrid.

BENITO LYNCH.—*El llanto de la patrona y
Palo verde*. (Dos novelas). SELECCIÓN LITE-
RARIA. MCMXXV. Editorial Latina. Buenos Ai-
res. (Don. de la Ed.)

MANUEL DE ROSALES.—*Voces de terciopelo
y de cristal*. Tip. Nacional. Managua. 1926.
(Don. del A.)

Drama

MUZA. Drama por CLAUDIO CUENCA. Insti-
tuto de Literatura Argentina. Sección de
Documentos. Tomo II. N.º 5. Buenos Aires.
1926. (Don. de L. A.)

Ensayos

ABELARDO M. GAMARRA.—*Rasgos de pluma*.
Edit. RENOVACIÓN. Lima, 1923. (Don. de Adal-
berto Vara Llanos.)

JOSÉ MARTÍ.—*Vindicación de Cuba*. Ha-
bana. 1926. (Don. de la Sociedad Martiniana.)

Geografía

MARIO D'ARPI.—*México*. Versión española
de L. A. Con 174 ilustraciones en negro y
2 láminas a colores y 2 cartas geográficas.
Edición del Instituto Italiano d'Arti Gra-
fiche. Bergamo. Italia. (Don. del I. I. de A. G.)

HUGO DE BARBAGELATA.—*De París a Lima*.
A vuelo de pájaro. París. 1925. (Don. del A.)

Biografía

*Estudio crítico biográfico de Juan Cle-
mente Zenea*, por la Dra. María Gómez
Carbonell. Habana. 1926. (Don. de la Fun-
dación PIEDAD ZENEA. Marta Abreu, 23. Ha-
bana. Cuba).

*Proceso contra José Santos Chocano por
el asesinato de Edwin Elmore*. Informe oral
del abogado de la parte civil Dr. Carlos
García Castañeda. Lima. (Don. de Teodoro
Elmore).

*Estudio crítico biográfico de Emilio Bo-
badilla* (Fray Candil), por Dña. Graziella
Barmaga y Ponce de León. Habana. 1926.
(Don. de la A.)

Más referencias y extractos
de estas obras, se darán en
próximas ediciones.

Luis Araquistain y Coll y Cuchí a América

VER asistimos a la proyección de las
películas impresionadas recientemente
por una casa editora de Madrid, bajo la
dirección del intelectual portorriqueño se-
ñor Coll y Cuchí y de nuestro colaborador
don Luis Araquistain, en las que se han
recogido los aspectos más interesantes de
la vida actual española para ilustrar con
una imagen cinematográfica cuidadosamente
lograda las conferencias que ambos se pro-
ponen dar en su próxima excursión por las
Antillas, México y Centro América.

El señor Coll y Cuchí no necesita, en
verdad, presentación en España. Su vasta
labor en las tribunas del Ateneo, Unión
Iberoamericana y otros centros por igual
prestigiosos, le han definido como una per-
sonalidad del movimiento hispanoamericano
eficaz, documentado y desinteresado. Cono-
cedor de la verdadera España, de una Es-
paña muy distinta de la que desde su
próspero país se ve, quiere llevar allí y
ampliarse a los países próximos, su misma
visión perfecta y leal, lleno de entusiasmo
y de fe. Ambos, el señor Coll y Cuchí y el
señor Araquistain, resumen en las siguientes
palabras el propósito que los ha animado
a esta excursión.

«La verdad científica, la emoción histórica
y la esperanza de fundir a españoles e
hispanoamericanos en un sentimiento de
presencia y futuridad en torno de una cul-
tura común, serán las únicas musas de es-
tas conferencias de divulgación científica,
artística y económica con que los autores
quieren responder a la pregunta: ¿Qué es
España?»

La película consta de las siguientes par-
tes: España Romana (Sagunto, Segovia,
Tarragona); España Gótica (Toledo, Bur-
gos, Victoria); España Árabe (Ávila, To-
ledo, Valencia, Granada, Sevilla); España de
la Reconquista hasta 1898 (Covadonga, Ávi-
la, Burgos, Tudela, Zaragoza, Teruel, Es-
corial, Madrid, Valladolid, Segovia, La
Granja, Salamanca, Santiago).

La España moderna tiene una brillante
información en las películas correspondien-
tes a Bilbao, Barcelona, Asturias (industria
carbonífera); Aragón (pantanos, agricultura);
Cádiz (industria naval); Rioja (industria
vinícola); Sagunto (contraste entre las his-
tóricas ruinas y el nuevo pueblo industrial
y próspero); Teruel. La España de la cul-
tura moderna aparece dividida en cuatro
secciones. Los precursores inmediatos:
Francisco Giner de los Ríos, Marcelino
Menéndez Pelayo, Joaquín Costa y Benito
Pérez Galdós. La organización escolar:
Institución libre de Enseñanza, Instituto-Es-
cuela, Residencia de Estudiantes y un gran
laboratorio del idioma español (Centro de
Estudios Históricos).

La segunda de estas secciones, bajo el

título de «La colmena científica», abarca el
laboratorio de Cajal y los demás laborato-
rios de Fisiología, Histología Patológica, de
Física y unas interesantes informaciones
gráficas de Torres Quevedo y de Marañón.

En último término figura la «República
literaria», con algunos de sus ciudadanos
más eminentes, como Unamuno, Ortega y
Gasset, «Azorín», Valle-Inclán, Pérez de
Ayala, Eduardo Marquina, los hermanos
Machado, Gómez de Baquero y otros.

Este programa, que es, en líneas genera-
les, el de la película, responde también al
orden que los señores Coll y Cuchí y Ara-
quistain han de dar a sus conferencias.

Los conferenciantes lograrán, sin duda,
realizar su ideal de divulgar en América
«una España oculta, laboriosa y creadora,
de la cual tienen una idea defectuosa los
que apenas conciben más que una España
de pandereta y circo taurino; una España
de grandes esfuerzos industriales y agri-
colas, de grandes investigadores científicos,
de grandes escritores y artistas; una Es-
paña que trabaja, piensa y quiere volver a
ser un factor de peso, como antaño, en la
historia de la cultura y de la civilización
modernas, en los dominios del intelecto y
las artes pacíficas; una España que ya co-
mienzan a mirar con respeto los pueblos
extraños y que, mejor conocida, será el or-
gullo de los afines de la raza, de los her-
manos de lengua».

El señor Araquistain cree que su excu-
sión durará aproximadamente seis meses,
el tiempo indispensable para recorrer los
países de Centro América, Antillas y Esta-
dos Unidos de México. Su ausencia no lo
será para los lectores de *El Sol*, ya que en
nuestras columnas ha de publicar sus im-
presiones de viajero por las tierras ameri-
canas de habla española.

(El Sol, Madrid).

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz
y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

EL EDUCADOR

Semanario dedicado a la defensa de los
intereses de la Educación Pública.

Director: Lic. Aníbal Ríos D.

El número suelto vale 5 cts. oro.

La suscripción a la serie de 12 números
vale 50 cts. oro.

Apartado 325. Panamá, R. de P.

El Gobierno de México entrega al de Costa Rica una Estación de Radiotelegrafía

**Discurso del señor Ministro de México,
don Antonio Médez Bolio**

Excelentísimo Señor Presidente de la República

Excelentísimo Señor Ministro de Relaciones Exteriores

Señor:

Cuando el Gobierno de México, fiel intérprete de los sentimientos del pueblo mexicano, en su vivo afecto fraternal por toda la hermana y vecina Centro América, decidió hacer ofrenda de esta estación al Gobierno y al Pueblo de Costa Rica, quiso así, a la vez que hacerles una sincera manifestación de simpatía, utilizar uno de los medios más efectivos que la moderna ciencia ofrece para la más rápida, fácil y constante comunicación de los hombres sobre el mundo, y acercarse así un poco más al espíritu y estrecharse más fuertemente al corazón de esta tierra nobilísima que los mexicanos sabemos comprender y estimar en todas sus altas y ejemplares virtudes cívicas y humanas, y que lealmente amamos, satisfechos de cómo sabe honrar el abolengo que nos es común y la sangre gloriosa que recibimos de las mismas maternas venas.

Este sencillo presente de cariño tiene, pues, sobre todas las cosas, una simbólica significación. Quiere decir que anhelamos acortar las distancias geográficas, que son afortunadamente las únicas que nos separan, y queremos estar cada día más unidos y más compenetrados con este Pueblo, hermano queridísimo del nuestro y digno como el que más de la amistad y la confianza de todas las naciones; y quiere decir también que México desea siempre demostrar con hechos, por pequeños que sean, su ardiente ansia de confraternidad con todos los demás países, especialmente con aquellos con quienes siente identificados los orígenes de su vida y los caminos de su porvenir.

No en vano la Suprema Ley que todo lo rige ha colocado a unos pueblos junto a otros en la ruta de la historia y en la superficie de la tierra. Juntos nacimos; seguir siempre juntos es nuestro deber. México se afana por cumplir el suyo y así, con esta muestra de fraternal afecto, quiere decir a Costa Rica y en ella a todas nuestras bien amadas hermanas de Centro América y de todo el Continente, y a todos los pueblos y a todos los hombres, las dulces y eternas palabras que sobre todos los mezquinos intereses y todas las materiales concupiscencias proclaman la fe que arde, la esperanza que ilumina y el amor que hace vivir.

Al ofrecer a Costa Rica un centro de comunicaciones con ella misma y con todo el mundo civilizado, México sabe bien que por esta Estación sólo irán y vendrán ecos de concordia, de paz y bienandanza, ideales de justicia, pensamientos de libertad y propósitos de amor; y desea fervientemente

que por ella los mexicanos siempre sepan que los costarricenses siguen realizando victoriosamente su destino de prosperidad y de dicha, y así, todos los días, cuando, entre unos y otros las voces vayan y vengán por el aire, unos y otros escucharemos los más hondas latidos de nuestro corazón que es sólo uno, y los augurios de nuestro horóscopo que nos señala el mismo radiante y generoso deber en la impaciente vida de la humanidad.

Excelentísimo Señor Presidente de la República:

En nombre del Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos y del Gobierno y del Pueblo de México, hago solemne y grata entrega de esta Estación de Radiotelegrafía, en la Ilustre Persona de Vuestra Excelencia, al Gobierno y al Pueblo de Costa Rica, como un cordial presente de sincera y profunda amistad. Y sea ese acto como un nuevo sello feliz que ambos países ponen a su siempre fuerte, indestructible y reciproco afecto y renovada ofrenda de ventura y de progreso para la admirable Nación que Vuestra Excelencia tan dignamente representa y preside.

He dicho.

**Discurso del Ingeniero mexicano
don Augusto Flores**

*Señor Presidente de la República,
Señoras, y Señores:*

La Estación Radiotelegráfica que aquí se inaugura puede considerarse integrada por tres elementos especiales, las antenas de transmisión y recepción con las torres que las sostienen, los aparatos y máquinas que forman el transmisor y la estación receptora.

En la construcción de las antenas han entrado ideas muy nuevas y conceptos tal vez complicados, con el fin de obtener el mayor rendimiento y alcance de toda la planta, permitiéndonos conseguir, que dos torres en apariencia endeble, soporten tres antenas de transmisión y dos para recibir. El trabajo que representa haber logrado acomodar esos cinco sistemas aéreos, queda altamente recompensado por la amplitud que da a la instalación para trabajar en toda su eficiencia con longitudes de onda variables a voluntad, independizando de esta manera la comunicación contra los tropiezos que acarrea el actual congestionamiento del éter con el sinúmero de estaciones que trabajan constantemente.

En la construcción de las torres hay algo muy de mi patria; están construidas con materiales elaborados totalmente en México y son obreros mexicanos los que en los talleres de nuestra estación radio central de Chapultepec, las construyeron. Su sistema, las pone a cubierto de los embates de vientos y temblores, pues descansan sobre dos cuchillos en ángulo recto que equivale a que toda la construcción se encuentre

en equilibrio sobre un punto de diámetro no mayor de un milímetro. Los cables que mantienen su estabilidad están calculados con sobra de desconfianza y en una palabra: representa su construcción la experiencia de muchos años de usar su sistema en nuestro país, sin haber tenido un fracaso.

Están además aisladas para evitar que por ellas escape la energía del transmisor y constituyen la mejor salvaguardia que pudiera tener la Sabana y sus alrededores contra los rayos.

Los aparatos y máquinas que componen el transmisor y el aparato receptor han sido construidos en Alemania por la compañía Telefunken, siendo su sistema del tipo más perfecto y acabado. Se dispone de una energía de 12,000 watts en el circuito primario, suministrada gentilmente por la Planta del Brasil, la que después de sucesivas transformaciones es convertida en corriente directa a un potencial de 12,000 volts y más tarde en oscilaciones electromagnéticas conductoras del pensamiento que une nuestros pueblos. El aparato transmisor es accionado desde la estación receptora que se encuentra en el otro edificio.

Su sistema conocido por el de «oscilador maestro», permite la emisión de ondas puras, o sea libres prácticamente de armónicos, permitiéndonos trabajar en forma simultánea con las estaciones corresponsales, es decir, recibir mensajes al mismo tiempo que transmitimos otros. La importancia de esto es grande, máxime si se tiene en cuenta que la distancia que separa el transmisor del receptor es sólo de metros, porque duplica la capacidad productora de la instalación, cosa que no fácilmente se logra a no ser que se disponga de aparatos muy bien construidos.

Cuando tuvimos armadas las torres, deseosos de demostrar con hechos nuestra simpatía y entusiasmo por servir al país, improvisamos un pequeño transmisor de ondas de longitud mínima. Tras de los ensayos indispensables y venciendo algunas dificultades, logramos primero comunicarnos con Guatemala, después con San Salvador y más tarde con México. Nuestra comunicación no fué perfecta, tuvo algunos tropiezos, pero observando que resultaba evidentemente más rápida y segura que la que se obtenía por las líneas telegráficas, atravesando otros dos países, logramos de acuerdo con el señor Director de los Telégrafos Nacionales, que se implantara un servicio público de telegramas que se ha ramificado hasta la República de Honduras.

Esta Estación ha sido construida y adaptada por nosotros con la mira especial de que pueda dedicarse al intercambio de mensajes; por tanto, nuestra tendencia y la práctica que hemos procurado dar al personal costarricense se ha marcado profundamente en ese sentido y queda en condiciones de hacer un servicio telegráfico perfecto, teniendo capacidad para ramificarlo en la extensión que se desee. Su objeto principal fué el de comunicar las capitales de Costa Rica y México, pero también, gracias a su calidad y al lugar técnica-

mente ideal en que se encuentra, puede desde luego comunicarse con todo el Norte de la América del Sur hasta el Ecuador y Perú, con las Antillas, con todo Centro América, con México y los Estados Unidos, sin perjuicio, naturalmente, de ir comunicando los distintos puntos del país a los que se dificulte material y económicamente tender líneas telegráficas. Durante la noche se puede asegurar comunicación, prácticamente, con cualquier punto de América y de seguirse las innovaciones que constantemente se llevan a cabo en esta rama de la ciencia, puede lograrse sin gran esfuerzo convertirla en un centro de comunicaciones con todo el mundo. Los componentes que la constituyen quedan por su calidad y por la adaptación que de ellos se ha hecho, en condiciones de poder seguir las transformaciones que de manera constante se realizan, gracias a nuevos inventos y modificaciones, habiendo tenido cuidado de dejar local, tuberías de conexiones, espacio entre las torres, etc. para convertirla, llegado el momento, en una central de transmisores con su correspondiente central de receptores en el otro edificio.

En la actualidad, el servicio público que presta permite tener una pequeña entrada. Puedo asegurar con la experiencia que los años de servicios nos han dado, que cubrirá ampliamente su presupuesto en un futuro muy próximo, con tal de que se impulse su actividad hasta los límites de que es capaz.

Creo inútil hacer mención de la importancia que tiene este nuevo medio de comunicación con los otros países de Centro América y con el resto del Continente. Antes era menester para hacer llegar un mensaje a Guatemala, pongo por caso, transmitirlo y retransmitirlo cinco veces a fin de irlo pasando por las distintas oficinas de los países intermedios con aquella nación. El resultado era, como consecuencia lógica, el que sufriera gran número de errores y que su retraso llegara a ser de tal magnitud que pudiera equipararse a un envío por correo. En la actualidad, por el sistema radio, damos los mensajes directamente a su punto de destino; en raras ocasiones pasan más de dos horas para que el mensaje llegue a su destinatario y el porcentaje de errores y de trabajo para expedirlo se ha reducido al mínimo posible.

Nuestra misión de instaladores ha terminado. Mis compañeros y yo, somos miembros del Servicio Radio del Gobierno Mexicano; tendremos, pues, la alegría no solamente de haber laborado con nuestros compañeros costarricenses brazo a brazo, sino también, en lo sucesivo, de poder estrechar diariamente sus manos a través de tierras y mares. Cábeme la honra de ofrecer nuestra cooperación para lograr la completa instrucción del personal que manejará la planta, a fin de que pueda darse por bien cimentada la obra de acercamiento que ella significa, considerando que en ningunas manos queda mejor que en las del Sr. Director General de Telégrafos, por estar íntimamente ligada en su desarrollo

con el desarrollo de la comunicación telegráfica por líneas, dado que los dos sistemas se complementan uno al otro.

Doy las gracias más expresivas a los señores funcionarios y particulares que tan bondadosamente nos han ayudado, poniendo su empeño, sus palabras de aliento y su cooperación material al servicio de nuestra obra, significando de manera muy especial la gran satisfacción que experimentamos mis compañeros de labores y yo por haber sido designados por el Gobierno de nuestra patria para cooperar en la labor de fraternal acercamiento que noblemente se ha impuesto hacia los pueblos hermanos del nuestro, por raza y por ideales.

Hemos trabajado llenos del entusiasmo de sentirnos hijos de Costa Rica, fraternizando con su pueblo y con sus costumbres, con su cultura y hospitalidad, llenándonos con su

ejemplar civismo, con su cordialidad nunca desmentida y nos vamos con tristeza de abandonarlo, pero sintiendo la pujante alegría de que ya no le separan fronteras del nuestro, pues un supremo esfuerzo del genio humano, que no tiene obstáculos ni valladares, ha roto de golpe las distancias y lo ha envuelto en estrecho abrazo con el pueblo mexicano.

Sr. Director

General de Telégrafos Nacionales:

Al hacer a Ud. entrega de nuestro trabajo, hago votos en nombre del Ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas y de la Dirección General de Telégrafos de México, porque el éxito más grande siga coronando su acertada labor, que en lo sucesivo repercutirá significativamente en la historia de las comunicaciones de mi patria. He dicho.

La situación de Cuba

II

Réplica al Doctor Varona

(Véase la página 251 del cuaderno anterior)

Mi ilustre y admirado amigo el doctor Enrique José Varona, desde las columnas de *Diario de la Marina*, replica mi artículo *La Situación de Cuba*, insistiendo en mantener sus ideas sobre las dos formas de gobiernos en que pueden desenvolverse las sociedades: la unipersonal y la llamada democrática, con su juego armónico (del que tan pocas veces resulta la armonía) de los tres Poderes del Estado.

Es esencial en el brillante alegato del doctor Varona—cuyas bondadosas palabras de aprecio agradezco hondamente—la afirmación de que en caso de existir ese gobierno unipersonal deben otorgarlo los llamados a ser gobernados, no el que ha de ejercer el mando.

El conocido aforismo «el fin justifica los medios» puede condenarse en el orden ético porque, realmente, es reprochable el medio cuando no es justo ni digno, por grande y por noble que sea el fin que se persigue, pero el apotegma resulta de una exactitud incontestable si cambiamos el verbo: «el fin impone los medios». Porque ¿cuál es el deber, cuál es la misión del gobernante? Propender al mejoramiento del pueblo que administra y cuando ese es el propósito, como ocurre con el general Machado, es preciso dejar al que manda la elección de los medios, y del instrumento, puesto que es él quien ha de aplicarlo. Incurre en grave error el doctor Varona al afirmar que en el caso de Cuba el pueblo no ha dado su consentimiento. Organos de la opinión, voceros de ese pueblo son los Partidos políticos; algunos afirman que es la prensa, nadie puede dudar de que, en la doctrina al menos, lo sea el Congreso; pues bien, si era preciso otorgar esos po-

deres al actual Ejecutivo, dentro del derecho constituido, el pueblo se los ha otorgado por resolución de sus representantes más genuinos. Los miembros del Congreso, por tres veces distintas y en asuntos de carácter muy diverso cada vez, han delegado facultades privativas del legislador en el Ejecutivo, autorizándolo primero, para modificar la ley de Aranceles a su libre criterio; después, para modificar a su arbitrio la llamada Ley de los Registros y por último, para alterar sin limitaciones la organización de las Fuerzas de mar y tierra. Si se consideran más autorizados para «dar esa forma de gobierno los que van a ser gobernados» a los Partidos políticos y a la prensa que al Congreso, entonces bastará comprobar cómo de los tres Partidos existentes en Cuba, dos de ellos son aliados del gobierno, y sus asambleas han hecho solemne y reiteradas protestas de su adhesión a la política gubernamental y administrativa del general Machado y el tercer Partido, el de oposición, ha declarado sin ambages que aprueba y apoya la obra del gobierno del general Machado. En cuanto a la prensa, su adhesión al gobierno actual es tan positiva que el doctor Varona mismo la proclama tácitamente al confesar que su ataque a la presente Administración nacional fué rechazado por «dos periódicos de la Habana» ¿Pero es que, realmente, cabe afirmar que no se reconoce «en persona alguna el derecho de salvar a la fuerza a su pueblo», como afirma el doctor Varona?

No creo que en el estado actual del progreso del mundo, pueda repetirse que es preferible el sacrificio de las colonias a la salvación de los principios: «Sálvense los

principios y pierdanse las colonias», en el orden ideológico la frase es admirable; pero no es más que eso: una frase. La realidad impone al individuo transacción con su conciencia, tanto más dolorosa cuanto más pura y recta es la conciencia, y si a esto se ve obligado el individuo, cómo el gobernante con deberes más trascendentes y responsabilidades mayores, no ha de hacer transacciones con principios y doctrinas en bien de su pueblo y en casos tales en que no sólo no tenga que violentar su conciencia sino que ella, precisamente sea quien le dicte normas cuya observancia lo obligue a violentar esos principios y esas doctrinas.

Además, en el orden sociológico, en la ciencia y en el arte de gobernar ¿se atreverá alguien a afirmar que hay un solo principio que puede considerarse inmutable?

Esa misma guerra europea cuyo estruendo puso pavor en el alma de la humanidad y que ha alterado tantas nociones y tantos conceptos, nos muestra un caso concreto de elocuencia extraordinaria: nada era más odioso para el súbdito inglés que la leva y, sin embargo, Inglaterra tuvo que apelar a ella y el pueblo inglés la aceptó sin protesta. El servicio obligatorio pugnaba con el carácter, con la tradición, con las ideas universalmente compartidas en el Imperio Británico, y lo aceptó, empero, porque era una necesidad ineludible, porque de ello dependía la alivación de Inglaterra. Y, con efecto, salvó la leva a Inglaterra.

Ya ve mi ilustre amigo el doctor Varona, como los principios y sistemas se alteran cuando está amenazado el supremo interés nacional.

Ahora un aparte para referirme a la afirmación de mi eminente contendor de que como quiera que «no fué el pueblo español sino el ejército español el que entronizó a Primo de Rivera. Ni fué el pueblo italiano sino un conglomerado de fascistas y militares los que acorralaron al rey V. Manuel y lo sustituyó con Mussolini»; y si «en Bélgica y Francia no se ha prescindido del orden constitucional sino que se ha dado dentro de él facultades extraordinarias en lo económico a los jefes del Gobierno» por ello, el doctor Varona no vé la semejanza. Si la hay con el caso de Cuba: aun concediendo, *gratia arguendi*, que no la hubiera en la iniciativa, la hay en los efectos. De aceptar ese modo de razonamiento, llegaríamos a la conclusión de que no fué el pueblo de Cuba el que hizo la independencia, sino el Ejército Libertador el que se la impuso y afirmar tal cosa no dejaría de ser una grave injusticia.

Hay muy pocos casos en la historia del mundo en que se haya pronunciado un pueblo unánime en favor de una causa, aceptando el propio aniquilamiento para defenderla; podríamos citar al glorioso pueblo del Paraguay, alistado bajo la bandera del Mariscal Solano López. Tal vez sea ejemplo único, porque los dos movimientos de carácter popular de mayor trascendencia en la Edad Moderna, la Revolución Francesa

y la Independencia de las trece colonias Norteamericanas, tuvieron antagonismo entre los mismos elementos que parecían más llamados a participar de ella: las landas bretonas cobijaron a millares los realistas en el 93, y no fueron pocos los realistas que lucharon contra Washington, como tampoco Cavour logró del pueblo italiano íntegro la adhesión a su causa, que, al triunfar, ha hecho tan grande y poderosa a Italia.

Un hombre o un exiguo grupo de hombres siempre, invariablemente, en todas las latitudes de la tierra, en todos los países, en todas las grandes crisis que la historia registra, han sido salvadores de la nacionalidad y no lo han logrado por su sometimiento servil a la ley escrita, sino porque han saltado sobre ella, animados, sostenidos, invencibles por el convencimiento de que «tienen el derecho de salvar a la fuerza a su pueblo», ese derecho que a todos niega el doctor Varona.

Dos hombres inmortales cambiaron los rumbos de la humanidad y hay sobre ellos un soneto famoso en lengua francesa, el cual seguramente conoce el doctor Varona, que define de un modo admirable, por lo sintético, la posición en que se coloca el vulgo cuando se atiene sólo a las consecuencias del acto: «de no haber triunfado César, a los ojos de ese vulgo sólo habría sido un sedicioso y Alejandro un temerario». Triunfaron y la victoria los transformó en semidioses, pero sus actos ante la ética no pueden definirse sino como los de un sedicioso y de un temerario. ¡Benditos sean los temerarios gracias a los cuales ha avanzado el mundo! ¡Benditos sean los sediciosos cuya rebeldía abre nuevos, inmensos campos a la civilización!

Claro está que ningún hombre de talla común se atreverá jamás a arrostrar las responsabilidades que asumieron Alejandro y César: el tímido tendrá siempre ante sí un Rubicón que lo detenga y una excusa cómoda a qué asirse: la ley; pero no hay pueblo cuyo progreso tenga por solo fundamento el sometimiento servil al derecho positivo. Esa Inglaterra, en el caso que he citado en la época actual, rompió con la tradición y las costumbres, que son las más fuertes leyes en la conciencia británica, pero ayer también se alzó contra la ley, y la rebeldía del pueblo, acaudillada por Cromwell, inició una nueva era para los tiempos modernos. No fué el regicidio, condenable, lo que inspira respeto hacia aquella revolución: es uno de sus actos aparentemente de significación menor, pero qué fué el signo, el exponente de la transformación que se operaba en las ideas y sentimientos de la época y que irradió después sobre el Continente: fué el acto de mayor violencia y de mayor arbitrariedad cometido en el orden jurídico: la clausura del Parlamento. Porque Cromwell no se detuvo ante esa medida, sino que la llevó a cabo con plena conciencia de la importancia del momento y, probablemente, con videncia salvadora: porque no respetó la ley; porque hubo dictadura, porque se transformó el régimen, porque hubo

un cambio en el sistema ha podido Inglaterra llegar a ser lo que viene siendo a partir de aquel momento, lo que es a la hora de ahora: faro luminoso que señala el progreso; potencia formidable que todos respetan; asiento firmísimo de la justicia y de la libertad.

Y, para terminar, muy poca cosa sobre la Vicepresidencia del doctor Varona: estimo y respeto demasiado al insigne pensador camagüeyano para ahondar, sin que se me obligue a ello, en algo que resulta personalísimo y que, después de todo, es ajeno a la cuestión que debatimos.

No he podido, como me había propuesto, ser breve en mi réplica: ofrezco al sabio profesor mis excusas por ello y por haber roto una lanza contra él, armados ambos con armas corteses, como nos corresponde por nuestra historia, ya que a los dos en cuanto hemos escrito y publicado, situados en campos quizás irreconciliables, nos inspira un noble anhelo: el bien de nuestra patria.

ARTURO R. DE CARRICARTE

Apartado 991.
Habana, Cuba.

La canción de Kashmir

(De Cuatro canciones de la India).

Pálidas manos, manos que yo amé
en el viejo jardín de Salimar...
Pálidas manos... ¿Ahora dónde estáis?
¿Bajo tan suave hechizo, quién reposa?
¿A quién la vía del éxtasis mostráis
antes de hacerle, triste, agonizar...?

Pálidas manos, bellas como lotos...
Mejor hubiérais mi pecho destrozado
y arrancado la vida al corazón,
antes que haberos visto tan lejanas
agitándoos, diciéndome el adiós!...

LAURENCE HOPE

(Versión castellana
de RUBÉN YGLESÍAS).

LA COLOMBIANA SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Jiménez. Pasaje Al lado de la Botica Oriental
Ofrece a sus clientes y al público
en general un surtido de casimires
en gabardinas.

Club en series a \$ 3.50 semanales.
Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios
para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia
\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266, Buenos Aires

Tristán Marof responde al Cuestionario abierto por el Sr. Vincenzi

Génova, 15 de junio de 1926.
Sr. García Monge

Director de REPERTORIO AMERICANO
S. José - Costa Rica

Muy estimado camarada:

El excelente escritor Vincenzi, al enviarme sus interesantes libros, me invita en una forma afectuosa a que responda el cuestionario que su importante publicación ha propuesto a todos los escritores de América.

Yo le he respondido a Vincenzi, que la mejor contestación que puedo dar al cuestionario, está en mi último libro, *La Justicia del Inca*, que tengo el agrado de enviarle en el correo de hoy. Sin embargo, no me privo de tirar conclusiones aparte, que las traduzco fielmente en estas palabras:

Nuestro Continente, ya lo sabe todo el mundo, es ingenuo, enorme y paradoxal. Cree en la justicia inminente, en el derecho, la libertad, etc., como si fueran cosas específicas. Cualquiera que llega de América, —esto vengo observando en general, en los largos años que vivo en Europa,—habla con un criterio tan lejos de la realidad, tan lejos de la vida, que no hace sino ratificar mi primordial idea, de que la América es un Continente desventurado y de una ingenuidad incorregible. España, que vive con cincuenta años de retraso, con relación a los otros países de Europa, que no desea transformarse ni cambiar de mentalidad, pero que edita libros en español, que faltos de venta en la península, envía los por toneladas a la cándida América, continúa en la ingenuidad política y económica. Los americanos latinos, tenemos, pues, la suerte de beber la ingenuidad, la candidez y el atraso, de la pristina fuente.

Nuestro Continente es profundamente anarquista. La única doctrina que sobrevive allí, es la anarquista. Admiramos la fuerza y nos sometemos a ella. El más fuerte, el más brutal, el más ladrón, es por esencia el dominador. Las muchedumbres son nieztchanas; los caudillos individualistas. La gente de más grande cultura, tiene ante todo el «yo». La obra del conjunto, la idea superior y el porvenir económico no existe, porque se vive del presente, furiosamente, devorando lo poco que sobrevive. Añadamos a a todo esto, señores sudamericanos, el fatalismo, la religión, el milagro, la poesía y el sentimentalismo que carcome pueblos, no el sentimiento que engrandece.

A un europeo, le es difícil darse cuenta, cómo la América, disponiendo de un territorio fértil; dotada de todos los recursos económicos y de una raza sensitiva e inteligente, que comprende con facilidad las cosas, pueda cometer por egoísmo incomprensible, error tras error en su vida política y económica. Si la América integra se diese cuenta de toda la verdad, y si todos los americanos del sud tuviesen el talento de comprender el ridículo papel que hacen en el mundo, presentándose divididos y sin respeto internacional, tácitamente como colonias económicas de los Estados Unidos y

CUESTIONARIO:

- 1.ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?
- 2.ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?
- 3.ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?
- 4.ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?
- 5.ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?
- 6.ª ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

de Europa, la unión política no tardaría en producirse. Pero para dar este paso, que sería un acontecimiento en el mundo, es preciso librar grandes batallas. Otro Bolívar debe nacer; un genio más grande que Bolívar y más práctico que Bolívar. En efecto, la independencia americana, coronada por el ilustre caraqueño, fué una revolución de la burguesía descendiente de españoles, que, inmediatamente se apoderó del privilegio y le conserva hasta hoy. El pueblo verdaderamente americano no ganó gran cosa. En todo sitio de América, la encomienda y la mita, perduran, bajo diversos nombres. Los gobiernos son a la manera española, el criterio a la española y la organización a la española. Vale decir, como en el «medio evo».

Todas las cuestiones que se encuentran en el cuestionario, son secundarias ante el fenómeno económico. La lucha debe comenzar por establecer en todos los programas de los partidos políticos o en el partido obrero americano que en seguida tiene que formarse, estos puntos precisos:

- 1.º—Minas al Estado, distribución de tierras al pueblo.
- 2.º—Enseñanza uniforme sin prejuicios religiosos o sociales. Guerra a las universidades dogmáticas y teóricas.
- 3.º—Todos los ejércitos de América deben estar unidos en la defensa común.
- 4.º—Todos los americanos latinos, deben gozar de los mismos privilegios de ciudadanía en todas las repúblicas o estados.
- 5.º—Orientar la economía de cada país, de tal manera que no se establezca competencia posible.
- 6.º—Caminos y comunicación constante entre todos los países americanos.

Analizo brevemente estos puntos. Si no se nacionalizan las minas del continente, eternamente será un continente explotado, pobre y sin potencia. Todas sus riquezas serán aprovechadas maravillosamente por el capital yanqui, cada día más insaciable y más combativo. Si no se distribuyen las tierras y cada ciudadano de América, no es propietario, no puede tener interés en el progreso material de su país; no puede defender su territorio, ni puede crear senti-

mientos de cariño al suelo en que ha nacido. Todo sudamericano debe darse cuenta de esta verdad: que él, es el único que puede y debe explotar sus riquezas, sin permitir al capital extranjero, adueñarse de sus tesoros. Que se convengan los americanos latinos, que el trabajo es capital, que el esfuerzo, la iniciativa, son capitales efectivos. Si no se nacionalizan las minas, debemos someternos a aceptar el amo yanqui y festejar sus imposiciones. Que se reflexione con cuidado y con responsabilidad sobre este punto.

Luego, la enseñanza, debe ser uniforme y sin contemplaciones de casta, de religión o de prejuicios. En mi libro, *La Justicia del Inca* señalo con más extensión que en este artículo.

Y en cuanto a que, los ejércitos de América, deban estar unidos en la defensa común, a nadie le extrañará, desde el instante que todo el continente forme una entidad confederada.

El punto principal es el de orientar la economía de cada país, de tal manera que la competencia económica no sea un problema que pueda provocar conflictos de intereses, que son los más graves en todo caso. Pero afortunadamente no existe esta competencia por el instante. Colombia, exporta cacao; Brasil, café; Chile, nitratos; Argentina, trigo y carne congelada; Perú y Cuba, azúcares; Bolivia, minerales; los demás países, productos variados igualmente.

Y para concluir esta carta, dirijo una palabra a los intelectuales. Es preciso variar el sentido intelectual de raíz y decapitar la creencia sentimental y retardada que se tiene en los países que no han ingresado aún en la época industrial. El intelectual de América y de España, posee la creencia arbitraria de que su talento y su preparación, le dan derechos limitados. Generalmente los aprovecha en beneficio personal, siguiendo a los caudillos y a los políticos de aldea. Sin carácter ni audacia para imponer sus ideas, se escuda detrás del arte, alegando que la masa no le comprende. Afortunados estos intelectuales, que manejan la lira y fabrican cuartetas, desde sus cómodos sillones de diplomáticos o de diaristas, esperando honores y fortuna, mientras el pueblo se devora a sí mismo, se asesina en revoluciones imbéciles y le es imposible elevar su cultura moral, porque los gobiernos ignorantes no piensan en nada ni pueden sostener escuelas bien dotadas, acosados como están de miseria y de triste politiquería.

El intelectual de hoy, debe salir, pues, del pueblo y levantar al pueblo; trabajar igual que él, sin pretensiones de superioridad o de cultura. Los excelentes en este tiempo de transformación industrial y económica, no son los más cultos precisamente, sino los más esforzados y heroicos. Y por fin, fiel a su responsabilidad histórica y moral superior, sacrificar su tranquilidad y aún su vida misma. Sólo así podemos dar vida a un gran continente de paz y abundancia.

Le estrecha la mano, su camarada y amigo,

TRISTÁN MAROF

El corazón de Eva

La cisterna iluminada

Tenía una terraza
donde apagar mis tedios,
buscando en Wilde y en Heine
inútiles remedios
y allí, junto a los tiestos
de flores olorosas
quería hallar tus manos
al cultivar las rosas...
Pero al fugir el tiempo
siguiendo a las alondras
que en su volar incauto
se llevaban mis horas,
miré que no podías
llegar a mi retiro
en donde como un viejo
cantor de otras edades
con sombras de alegría
tejía soledades...

La terraza desierta
que baña el sol de junio
vé una esperanza muerta
con cada novilunio
y allí, entre mis volúmenes
y cartas olvidadas
se halla el tcharchaf oscuro
de las Desencantadas...
Y desde aquel retiro
sólo se ven los cielos
sin límite y lejanos
como los desconsuelos...

Para llegar hasta ella
hay que sangrar las plantas,
ir por caminos negros
de entristecer el alma,
matando los alegros
que ríen en la infancia,
rompiendo los laureles
que adornan la esperanza...
Y tú, que eras lejana
porque eras tan soñada,
andabas por la senda
cubierta de luz de alba...
¡tan lejos de la mía
que estaba tan nevada!

Pues bien. En la terraza
tuve el placer extraño
de ahogar todos los sueños
como hace el ermitaño.
Y al fin, un día de esos
mirando a la cisterna
temblar vi los reflejos
de tu saudade eterna
y quise ahogar tu sombra
hundiéndome en las aguas...
Fué un vértigo de abismo
y de imposibles alas...
Y cuándo en los guijarros
cayó mi cuerpo inerte
por encontrar tu imagen
en el remanso helado
se diademó de sangre
la extraña frente inquieta
que tú nunca has besado...

...Leyendo a Wilde y a Heine
por apagar mis tedios
buscando a un mal sin cura

inútiles remedios...
las horas van cayendo
¡no queda ni una alondra!
y tiembla, en la cisterna
obstinada, tu sombra...

Un día, estos caminos
verán mi paso errante,
tendré un delirio dulce
y una fiebre anhelante:
Cercenaré los huertos,
las rosas, a millares,
caerán en la cisterna
por absorber las aguas
y ahogar al fin tu imagen
temblando entre sus cálices!

Ya no podré besarte...!

Caen lentas las horas... ¡Vida desperdiciada
sólo en urdir un íntimo dolor de madrigales!
Y desbordante y rota el ánfora dorada
que se llenó de dulces vinos primaverales.

Ya no podré besarte. ¡Oh divino cansancio
que ha hecho que me aleje de tu fervor terreno!
Ya tengo yo perdida la ruta de Bizancio
y en una tarde antigua ya fracasó mi empeño.

¡Oh tu boca en que siempre hay mieles amorosas!
¡Tus labios incitantes que hacen dulce la vida
y tus manos que estrujan el alma de las rosas!
¡Oh tus ojos brillantes y tu boca encendida!

Y yo pude alcanzar ese tesoro humano
y lo que hallé de espíritu en tus pupilas quietas...
Pero ya te he perdido. Tu amor está lejano
y en el pequeño huerto murieron tus violetas.

Y no besé tus labios. Pobres labios esquivos
que se unirán mañana junto a la arcilla oscura
acaso con mis pobres ojos contemplativos
en los que ya no brille la terrenal dulzura.

Tal vez ambos vayamos a un mismo cementerio
y el polvo en que se acaben tus labios adorados
ruede sin comprenderlo y bañe de misterio
con un beso final, mis párpados cerrados!

Entonces estará muy lejana la vida
y ya no sentiremos por lo que no alcanzamos...
Hoy, sonríe la tarde; tu boca está florida...
y sin embargo, Dulce, ¡cuán lejanos estamos!

Adelfas

¡Oh! Me agoto en la noche
y ya no puedo amar el pleno sol del día.
Y en tantas vigiliass
voy haciendo el jarrón de ansa dorada
para que tú en la rubia
mañana, deposites tus adelfas.
Y cuando brilla el día
me halla el sueño dejado por la noche
y a tus flores las veo
en el sueño sin sueño del desvelo,
mas no puedo gozarlas
vivas yá y llenas de rocío...
Oh, tus flores sin tí, y en mí, nocturnas
sólo soñadas.
Oh, tus flores sin mí, vivas de día
y en mi jarrón inútil olvidadas.

Quito. Ecaudor.

AUGUSTO ARIAS